

EL IMPERIO DE LOS ROBOTS

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



EL IMPERIO DE LOS ROBOTS

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

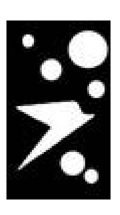

La conquista del
ESPACIO

JOSEPH BERNA

EL IMPERIO DE LOS ROBOTS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 654

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal B 102 - 1983

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: febrero, 1983

2.ª edición en América: agosto, 1983

texto

© **Fabá**- 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de**EDITORIAL BRUGUERA, S. A**.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial

Bruguera, S. A. Parets del Valles (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1983

CAPITULOPRIMERO

La Tierra.

Año 2065.

Miami seguía siendo una de las ciudades más hermosas del planeta.

Había crecido, naturalmente, como el resto de las ciudades importantes, y había aumentado considerablemente su población, pero continuaba siendo un lugar agradable, cálido, soleado, en cuyas playas podía uno bañarse prácticamente durante todo el año.

Era lo que más le gustaba a Liliana Lanchester, bañarse en la playa, dejarse mecer por las espumosas olas, tumbarse en la limpia arena, tostarse al sol.

Por eso, cuando Ranko Nuriak la invitó a pasar el fin de semana con él, en la casa de Karl Ziemmer, ella aceptó encantada. Bueno, aceptó encantada interiormente, porque la verdad es que se hizo de rogar, para que Ranko no pensara que estaba loca por él.

Y era cierto que no lo estaba, pero también era cierto que Ranko le gustaba muchísimo. Más que ningún otro hombre Liliana se lo confesaba a sí misma. Pero no quería que Ranko lo supiera. De ahí que hubiera fingido dudar entre aceptar su invitación o rechazarla, alegando tener otras propuestas para pasar un buen fin de semana.

Y no había mentido, desde luego.

A Liliana Lanchester le llovían las invitaciones, porque era una chica preciosa, de veintitrés años de edad, cabello cobrizo, ojos verdes y profundos, boca tentadora.

También su cuerpo era tentador.

Pechos, caderas, piernas...

Estaba sensacional de todo.

Era lógico, por tanto, que a Liliana no le faltasen proposiciones

para pasar los fines de semana. Para pasar los fines, para pasar los principios, y para pasar la semana entera.

Pero ella prefería la compañía de Ranko Buriak, y si se hacía de rogar cada vez que él la invitaba, era porque Ranko solía invitar también a otras chicas.

Le gustaba cambiar de pareja, al muy zorro, y ello enfurecía a Liliana. Le hubiera gustado ser la chica preferida de Ranko, que él no recurriese a otras, que se conformase con su exclusiva compañía, que no deseara a otras mujeres.

Pero no.

Ranko Buriak no parecía sentir por ella nada especial, y Liliana Lanchester no quería que él supiese que ella sí sentía por él algo que no sentía por los demás hombres que conocía.

A pesar de ello, Liliana acababa aceptando siempre las invitaciones de Ranko, con la esperanza de que algún día él cambiara y dejara de desear la compañía de otras mujeres, iniciando una relación más seria y duradera con ella.

Liliana se sentiría muy feliz, y estaba segura de que sabría hacer feliz también a Ranko, pues no sólo tenía un rostro bello y un cuerpo hermoso, ella poseía también otras virtudes, y se las ofrecería todas para hacerlo dichoso.

Si Ranko cambiaba, claro.

Mientras continuara así, ella no le ofrecería más de lo que le había ofrecido hasta entonces y le seguiría ocultando lo que sentía por él.

Y, si no cambiaba nunca, peor para él.

Ella no se suicidaría por eso, desde luego.

Estaba enamorada de Ranko, pero no tanto como para renunciar a todo sólo porque él no le correspondiese.

Era lo que Liliana Lanchester se decía, mientras el helimóvil de Ranko Buriak se dirigía a la casa de Karl Ziemmer, ubicada a unos cincuenta kilómetros de Miami, en la misma playa.

Liliana había estado ya en ella, y le parecía una casa maravillosa, como maravilloso le parecía también el lugar en donde se levantaba.

Un lugar tranquilo, sereno, precioso de verdad.

Era ideal para pasar un fin de semana.

Y también para vivir, cosa que hacía Karl Ziemmer.

Era un tipo simpático.

A Liliana, desde luego, le caía muy bien.

Especialmente, porque no tenía por costumbre cambiar de pareja como Ranko. Karl era de los que se conforman con una sola mujer, y él se conformaba con Martine Hofmeister, una encantadora muchacha de pelo negro y brillante, con la que seguramente acabaría casándose, pues llevaban bastante tiempo viviendo juntos.

—Karl está muy enamorado de Martine, ¿verdad? —dijo Liliana, sin mirar a Ranko.

Este sí miró a la muchacha con la que iba a pasar el fin de semana.

—¿Por qué lo preguntas?

Liliana dejó de contemplar el hermoso paisaje y miró al hombre que tanto le gustaba.

—¿Te molesta que toque el tema, Ranko?

—¿Por qué iba a molestarme?

—Tú no crees en el amor.

—¿Quién lo ha dicho?

—Yo.

—¿Y qué te hace suponer que yo no…?

—Los hechos lo demuestran, Ranko.

—¿Qué hechos?

—Has cumplido ya los treinta años, has conocido infinidad de mujeres, has intimado con todas ellas… Sin embargo, sigues soltero.

Ranko Buriak se echó a reír.

—Que todavía no me haya casado, no quiere decir que no crea en

el amor. Karl está enamorado de Martine, y sigue tan soltero como yo.

—No será por mucho tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Quieres apostar algo?

—No, porque sé que tengo menos posibilidades de ganar que de perder.

—Habrá boda, ¿verdad?

—Sí, me temo que sí —suspiró Ranko—. Karl está loco por Martine, y ella siente lo mismo por él. Por eso creo que contraerán matrimonio muy pronto.

—Tú no te casarás nunca, Ranko.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

—Oye, ¿sabes que estás diciendo muchas cosas, Liliana?

—Te conozco bien, Ranko.

—Creo que no.

—Tú no podrías vivir con una sola mujer, necesitas cambiar.

—Si estuviera tan enamorado de ella, como Karl lo está de Martine, no la cambiaría ni por todo el oro del mundo.

—Pero como tú no te enamorarás jamás…

—Y dale.

—Es la verdad, Ranko.

—Estás equivocada. Liliana. Creo en el amor, sé que algún día me enamoraré, y cuando eso ocurra, me casaré y seré un marido fiel.

—¡Ja!

—¿No me crees?

—¡Desde luego que no!

Ranko Buriak sonrió.

Era un tipo moreno, atlético, de facciones agradables, con una estatura que se aproximaba al metro ochenta y cinco. Vestía una camisa brillante y un ajustado pantalón color tabaco, y calzaba botas cortas, plateadas, muy cómodas y flexibles.

—Es curioso, Liliana —dijo.

—¿Que no te crea?

—Que seas precisamente tú quien diga que no creo en el amor.

—¿Por qué?

—Pues porque eres la que más posibilidades tiene de enamorarme.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Liliana Lanchester rió, para disimular su repentino nerviosismo.

—Pretendes tomarme el pelo, ¿eh, Ranko?

—Hablo en serio, créeme.

—No, no puedo creerte.

—Me gustas muchísimo, Liliana. Y tú lo sabes.

—Es normal que te guste, porque tengo una cara bonita y un cuerpo bien formado. Pero como no soy la única que posee un rostro atractivo y una figura tentadora, sientes lo mismo por mí que por cualquier otra mujer que tenga las piernas largas y torneadas, las caderas redondas y firmes, el trasero erguido y excitante, y los pechos hermosos.

—No es sólo tu cara y tu cuerpo lo que me gusta de ti, Liliana.

—¿Qué más te gusta?

—Tu carácter, tu forma de hablar, de reír... Y muchas más cosas, te lo aseguro.

—Pues no lo demuestras.

—¿Qué quieres decir?

—Sales conmigo y con doce o quince mujeres más.

Ranko Buriak tosió.

—No tantas, no tantas.

—Aún me he quedado corta, seguro.

—Por mi gusto saldría más a menudo contigo, pero tienes tantos compromisos...

—Estoy muy solicitada, es verdad. Sin embargo, jamás he rechazado una invitación tuya, que yo recuerde.

—Cierto. Pero tengo que insistir mucho cada vez que te lo pido. Sólo falta que me ponga de rodillas.

—La próxima vez tendrás que hacerlo, si quieres que salga contigo.

—Pues lo haré. Ponerme de rodillas, caminar con las manos, o hacer simplemente el pino. Por disfrutar de tu compañía soy capaz de cualquier cosa.

Liliana Lanchester rió.

—Eres un cínico, Ranko.

—Dame un beso, anda.

—Cuando lleguemos.

—Ahora.

—¿Y si nos estrellamos...?

—Soy un buen piloto, no temas —sonrió Ranko, y acercó su cara a la de Liliana.

Ella le besó en los labios.

Liliana Lanchester vestía un cortísimo modelo dorado, muy brillante, que le permitía exhibir totalmente sus preciosas piernas, y Ranko Buriak intentó acariciárselas.

—¡Eso no, Ranko, que nos la pegamos! —exclamó la joven,

sujetándole la mano.

Ranko Buriak rompió a reír y pasó de nuevo a ocuparse exclusivamente de pilotar su helimóvil.

CAPITULO II

Tan sólo unos minutos después, divisaban la magnífica casa de Karl Ziemmer. Ranko Buriak redujo la velocidad de su helimóvil e hizo descender el aparato, posándolo suavemente frente al amplio porche, en donde se hallaban Karl Ziemmer y Martine Hofmeister, sentados en cómodos sillones.

Ranko paró el motor de su helimóvil, y él y Liliana Lanchester descendieron del aparato volador con sendos maletines, en los que portaban lo imprescindible para pasar el fin de semana.

Karl y Martine se pusieron en pie.

Lo hicieron lentamente.

De forma maquinal.

Extraña.

Como extraña, también, era la expresión de sus caras.

Ambos sonreían, pero de modo frío.

Y fría, asimismo, era su mirada.

Naturalmente, Ranko y Liliana advirtieron en seguida que Karl y Martine actuaban de un modo raro, misterioso, anormal, aunque por el momento no hicieron comentario alguno al respecto, limitándose a intercambiar una mirada interrogante.

Karl y Martine se habían quedado quietos en el porche.

Tampoco eso era normal, ya que ambos solían descender de él cuando Ranko y Lilian llegaban, para saludarles. Karl estrechaba la mano de Ranko, mientras Martine y Liliana se besaban. Después, Ranko besaba a Martine y Karl hacía lo propio con Liliana.

Siempre los recibían así, con esa cordialidad y esa alegría.

En esta ocasión, sin embargo…

Ranko y Lilian se habían quedado quietos también, junto al helimóvil, extrañados del comportamiento de Karl y Martine.

Karl Ziemmer tenía veintinueve años, el pelo rubio y los ojos azulados. Era un tipo alto y fuerte, de músculos desarrollados y vigorosos, pues los ejercitaba diariamente. Iba en bañador y llevaba una vistosa camisa de manga corta, totalmente abierta. Calzaba zapatillas de deporte.

Martine Hofmeister contaba veinticuatro años de edad, tenía los ojos pardos, y los labios muy rojos. Llevaba la pieza inferior de un biquini plateado, que solamente cubría su sexo y la región pubiana, y una fina camiseta transparente, que permitía vislumbrar sus jóvenes y arrogantes pechos desde varios metros de distancia, incluso. Al igual que Karl, calzaba zapatillas de deporte.

No podían seguir los cuatro callados.

Había que decir algo.

Ranko Buriak se encargó de romper el embarazoso silencio.

—Hola —dijo, levantando la mano.

—Bienvenidos —respondió Karl, sin moverse ni alterar en absoluto su extraña expresión.

—Os estábamos esperando —añadió Martine, sin dar tampoco un solo paso ni cambiar el raro gesto de su rostro.

La extrañeza de Banko y Lidiana aumentó al oír hablar a Karl y Martine pues también sus voces sonaban distintas. Tan distintas que no parecían ellos los que hablaban.

Su tono era frío.

Metálico.

Distante…

Ranko y Liliana cambiaron otra mirada, preguntándose el uno al otro con los ojos la razón del extraño comportamiento de Karl y Martine.

¿Qué les sucedía?

¿Qué les había hecho cambiar…?

¿Por qué hablaban, miraban y sonreían de aquella forma tan poco natural…?

—Vamos, acercaros —indicó Karl.

—Sí, subid al porche —dijo Martine.

Ranko y Liliana vacilaron.

Después, Ranko cogió de la mano a Liliana y caminaron los dos hacia el porche, al cual subieron, parándose a un metro escaso de Karl y Martine.

Karl no tendió su mano a Ranko.

Tampoco Martine besó a Liliane.

La actitud de ambos seguía siendo realmente desconcertante.

Ranko Buriak decidió averiguar la causa del extraño comportamiento de Karl y Ziemmer y Martine Hof meinster, preguntó:

—¿Qué ocurre, Karl?

—¿A qué te refieres, Ranko?

—A Martine y a ti os ha pasado algo, no parecéis los mismos.

—No hemos cambiado en nada —aseguró Karl. —Exteriormente, al menos —añadió Martine.

Ranko y Liliana miraron a la bella morena.

El primero preguntó:

—¿Qué quieres decir, Martine? ¿Que interiormente sí habéis cambiado...?

—Totalmente —asintió la morena.

—¿Qué ha cambiado en vuestro interior, Karl? —Todo, Ranko. Martine lo acaba de decir. —Explícate, te lo ruego.

—Os vais a sorprender mucho, te lo advierto.

—No importa.

Karl miró a Martine.

Después, reveló:

—Hemos sido robotizados.

* * *

Liliana Lanchester dio un fuerte respingo, lo que hizo que se le escapara el maletín de la mano y cayera al suelo.

—¡Robotizados…! —exclamó.

—Así es, Liliana —confirmó Martine Hofmeister.

—No es posible… —musitó Ranko Buriak, cuyo rostro reflejaba el más absoluto estupor.

—Te advertí que os iba a sorprender mucho, Ranko —recordó Karl Ziemmer.

Buriak movió la cabeza lentamente y en sentido negativo.

—No puedo creer que seáis dos robots —murmuró.

—Pues lo somos, Ranko. Nos han convertido en dos máquinas llenas de circuitos, de conexiones, de cables y de piezas. Así es ahora nuestro interior. Exteriormente, sin embargo, seguimos teniendo el mismo aspecto de antes. Nos ha sido respetado nuestro físico. Y podemos usarlo como lo usábamos antes de ser transformados en robots.

—Es cierto —corroboró Martine—. Nuestros cuerpos, por fuera, no han cambiado en absoluto. Siguen siendo sensibles al frío, al calor al dolor, a las caricias… Gozamos cuando nos bañamos en el mar, cuando nos secamos al sol, tumbados en la arena, cuando hacemos el amor… Precisamente lo hicimos esta tarde, un rato antes de que llegarais vosotros, y fue maravilloso. Que lo diga Karl.

Ziemmer asintió con la cabeza.

—Es verdad, disfrutamos como nunca. Y es que ahora tenemos la ventaja de poder aumentar o reducir las sensaciones de nuestros cuerpos con sólo desearlo con el pensamiento. Por ejemplo si notamos un calor excesivo, reducimos la temperatura de nuestra carne. Y si sentimos frío, la aumentamos. Lo mismo ocurre con el dolor. Podemos

incluso anularlo totalmente, y así no sufrimos ni poco ni mucho. En cuanto al placer…

—Eso es lo mejor de todo —habló de nuevo Martine—. Aumentamos la sensibilidad de nuestra piel, y cada caricia vale por diez. Y cada beso, por veinte. Cuando llega el momento de la unión íntima, hemos gozado ya como locos. Y ese momento, el del acto sexual, es algo fabuloso. Imposible de describir con palabras. Hay que experimentarlo personalmente para saber lo que pueden gozar con él dos personas robotizadas. Karl y yo hemos hecho el amor docenas de veces, pero nunca habíamos sentido tanto placer. Por eso no estamos en absoluto arrepentidos de haber sido robotizados.

—Tenemos, también, otra gran ventaja —añadió Ziemer—. No envejeceremos, nuestros cuerpos se mantendrán siempre jóvenes y sanos. Y nuestra existencia puede prolongarse cientos de años, puesto que no acusaremos el paso del tiempo y seremos inmunes a cualquier tipo de enfermedad. Lo único que tenemos que hacer, para vivir eternamente, es revisar periódicamente nuestro interior, en previsión de posibles averías. Como suele hacer con las máquinas. Nosotros somos ahora eso, máquinas, y debemos cuidarlas para que funcionen perfectamente, sin problemas.

—¿No os parece fantástico? —preguntó Martine.

Ranko Buriak y Liliana Lanchester no respondieron.

Se habían quedado de muestra tras las detalladas explicaciones de Karl Ziemmer y Martine Hofmeister.

Y no era para menos, desde luego.

Dos robots…

Karl y Martine eran ahora dos robots.

Dos máquinas.

Con aspecto humano, pero máquinas al fin y al cabo.

Por eso miraban, sonreían, y hablaban con aquella frialdad.

Ellos decían que no habían cambiado exteriormente, pero sí habían cambiado. Y el cambio era tan evidente, que tanto Ranko como Liliana lo habían apreciado apenas descender del helimóvil.

¿Habían hecho bien robotizándose…?

¿Habían hecho mal…?

Ellos, desde luego, parecían muy satisfechos de haberse convertido en un par de robots. Y es que tenía sus ventajas, naturalmente, como mantenerse siempre jóvenes y sanos, y prolongar su existencia cientos de años, amén de no pasar frío ni calor, ni sufrir dolor, si ellos no lo deseaban.

Y también estaba muy bien eso de aumentar el placer de los besos, las caricias, y el acto sexual con sólo desearlo con el pensamiento, pero…

—Sí, la cosa tenía sus desventajas.

La principal, que había que convertirse en una máquina para poder disfrutar de todo eso.

Karl y Martine ya no eran seres humanos.

Lo seguían pareciendo, pero no lo eran.

Y la verdad es que se les notaba, pues se habían vuelto fríos como máquinas.

Como lo que eran ahora.

CAPITULO III

Martine Hofmeister interrumpió los pensamientos de Ranko Buriak y Liliana Lanchester, diciendo:

—No habéis respondido a mi pregunta, queridos.

—¿Qué pregunta? —murmuró Ranko.

—Dije que si no os parece fantástico lo que han hecho con Karl y conmigo.

Ranko carraspeó.

—Bueno, la verdad es que…

—A mí me parece horrible —opinó Liliana.

—¿Horrible, dices...? —se sorprendió Martine.

—Espantoso.

—¿Por qué, Liliana? —preguntó Karl Ziemmer.

— Ya nos sois personas; sois un par de robots con aspecto humano.

—En realidad somos las dos cosas. Personas por fuera, y robots por dentro. Eso es una gran ventaja, Liliana.

—¿Ventaja...? ¡Eso es una monstruosidad!

—Es evidente que no lo comprendes, porque de lo contrario no dirías que...

—¡Lo comprendo perfectamente, Karl! ¡Os han convertido en dos máquinas, y eso es lo peor que puede sucederle a un ser humano!

—¿Opinas tú igual, Ranko? —preguntó Martine Hofmeister.

—Me temo que sí.

—¿Cómo es posible que tampoco tú sepas apreciar las muchas ventajas que tenemos ahora?

—Tenéis muchas, es cierto. Pero habéis perdido vuestra personalidad, Martine. Ya no actuáis como personas, sino como máquinas. Tenéis la misma cara, pero vuestra expresión es distinta. Liliana y yo advertimos inmediatamente el cambio, recordadlo. Aún no sabíamos que habíais sido robotizados, pero saltaba a la vista que os había ocurrido algo. Y vuestro comportamiento es también distinto.

—¿Nuestro comportamiento? —repitió Karl Ziemmer.

—Sí; no nos habéis recibido como siempre, sino con frialdad. Ni siquiera os movisteis del porche, cuando nos visteis llegar. Os limitasteis a poneros en pie y quedaros clavados como postes. Se diría que ahora carecéis de sentimientos, que no sabéis expresar vuestras emociones.

—No saben porque no las sienten, Ranko —intervino Liliana.

Martine movió la cabeza.

—Estáis equivocados. Seguimos teniendo sentimientos y podemos expresar perfectamente nuestras emociones.

—Eso es lo que os han dicho, pero os han engañado. Una máquina no puede tener sentimientos. Y, por tanto, no puede sentir emociones. Emociones reales, auténticas, verdaderas.

—Liliana tiene razón —dijo Ranko.

Ahora fue Karl el que movió la cabeza negativamente.

—No, no la tiene, Ranko. Ya os hemos explicado que nuestros cuerpos conservan la sensibilidad. Sentimos placer cuando nos acariciamos mutuamente, cuando nos besamos, y gozamos como locos cuando hacemos el amor.

—Es una sensación falsa, Karl.

—¿Falsa?

—Sí, vuestro placer está programado, como todo lo demás. Y es por eso que podéis aumentarlo con el pensamiento, igual que podéis aumentar o reducir la sensación de frío, de calor o de dolor. No son sensaciones reales, Karl. No os llegan a través de vuestra piel, sino desde la maquinaria que tenéis en vuestro interior. En realidad, vosotros no sentís nada. ¡Nada, Karl!

Karl Ziemer y Martine Hofmeister se pusieron serios, lo que acentuó considerablemente la frialdad de sus expresiones.

—Estáis en un error, Ranko —aseguro Karl—. Pero no importa, no seguiremos discutiendo. Cuando hayáis sido robotizados comprenderéis vuestra equivocación y nos daréis la razón.

Liliana Lanchester sintió un escalofrío.

—¿Robotizados nosotros…?

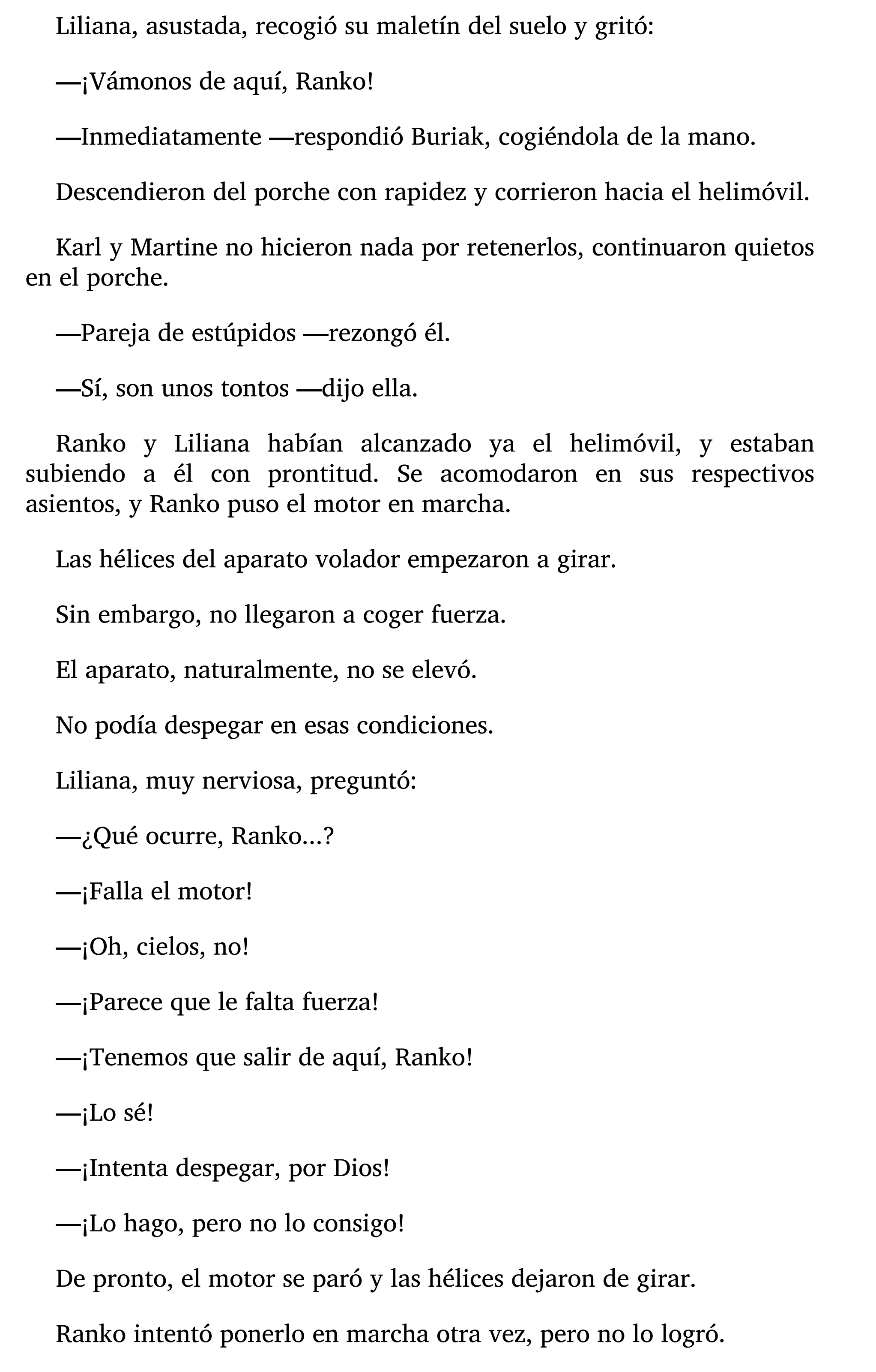
—Sí.

—¡Jamás! ¡Prefiero morir a convertirme en una máquina!

—¡Lo mismo digo! —exclamó Ranko Buriak.

—Me temo que no podréis evitarlo, queridos —dijo Martine.

—Desde luego que no —habló Karl.



Liliana, asustada, recogió su maletín del suelo y gritó:

—¡Vámonos de aquí, Ranko!

—Inmediatamente —respondió Buriak, cogiéndola de la mano.

Descendieron del porche con rapidez y corrieron hacia el helimóvil.

Karl y Martine no hicieron nada por retenerlos, continuaron quietos en el porche.

—Pareja de estúpidos —rezongó él.

—Sí, son unos tontos —dijo ella.

Ranko y Liliana habían alcanzado ya el helimóvil, y estaban subiendo a él con prontitud. Se acomodaron en sus respectivos asientos, y Ranko puso el motor en marcha.

Las hélices del aparato volador empezaron a girar.

Sin embargo, no llegaron a coger fuerza.

El aparato, naturalmente, no se elevó.

No podía despegar en esas condiciones.

Liliana, muy nerviosa, preguntó:

—¿Qué ocurre, Ranko...?

—¡Falla el motor!

—¡Oh, cielos, no!

—¡Parece que le falta fuerza!

—¡Tenemos que salir de aquí, Ranko!

—¡Lo sé!

—¡Intenta despegar, por Dios!

—¡Lo hago, pero no lo consigo!

De pronto, el motor se paró y las hélices dejaron de girar.

Ranko intentó ponerlo en marcha otra vez, pero no lo logró.

—¡Maldita sea! —rugió—. ¡El motor no quiere arrancar!

Liliana miró a Karl y Martine, descubrieron que ambos sonreían ahora burlonamente, lo cual le hizo sospechar que ellos tenían mucho que ver en el hecho de que el motor del helimóvil de Ranko se negase a funcionar.

Y, naturalmente, se aterró.

—¡Son ellos, Ranko! —exclamó.

—¿Qué?

—¡Karl y Martine han inutilizado tu helimóvil! ¡Tienen poderes…!

* * *

Ranko Buriak dejó de luchar con el motor de su aparato volador y miró fijamente a Karl Ziemmer y Martine Hofmeister, captando también la mueca burlona de sus labios.

—¿Estás segura de que es cosa suya, Liliana? —murmuró.

—¡Tiene que serlo, Ranko! —respondió la muchacha—. ¡No quieren que nos marchemos!

Buriak apretó las mandíbulas.

—Lo averiguaré —masculló, e hizo ademán de descender del helimóvil.

Liliana Lanchester lo agarró del brazo.

—¡No, Ranko!

—Déjame, Liliana.

—¡No salgas, te lo suplico!

—Tengo que hacerlo, compréndelo. Mi helimóvil no funciona, y quiero saber si es por culpa de Karl y Martine.

—¡Es muy peligroso, Ranko! ¡Pueden hacerte daño, ahora son robots y tienen poderes!

—Tendré cuidado, no te preocupes. Tú quédate aquí, Liliana. No salgas del helimóvil a menos que yo te lo diga.

—¡Ranko!

Buriak se soltó del aparato volador.

Miró hacia el porche.

—¿Habéis inutilizado vosotros mi helimóvil, Karl?

—Tal vez.

—¿Por qué?

—Nos agrada vuestra compañía, ya lo sabéis.

—Queremos irnos, Karl.

Martine Hofmeister recordó:

—Habéis venido a pasar el fin de semana, ¿no?

—Hemos cambiado de idea.

—¿Por qué?

— Ya no sois lo que erais, Martine.

—Si no os hubiéramos dicho que hemos sido robotizados, jamás lo habrías adivinado, reconócelo.

—Que habéis sido robotizados, es posible que no, pero sabíamos que algo os había pasado, no parecíais los mismos.

Karl Ziemer habló de nuevo:

—Insisto en que os quedéis, Ranko.

—¿Para ser robotizados, como vosotros? No, gracias.

—Lo seréis de todos modos.

—¿Quién nos va a obligar?

—El profesor Scranton.

Ranko entornó los ojos.

—¿Profesor Scranton...?

—No has oído hablar de él, ¿verdad?

—No.

—Es un genio.

—Y, como es un genio, ha tenido una idea genial —señaló Martine.

—¿Qué idea? —pregunto Ranko.

—Crear un imperio.

Ranko no pudo reprimir un respingo.

—¿Crear qué...?

—Un imperio, Ranko —repitió Martine.

—De robots, naturalmente —agregó Karl—. Y seremos los dueños absolutos de la Tierra.

CAPITULO IV

Ranko Buriak no pudo evitar un estremecimiento general.

Se volvió un instante hacia Liliana Lanchester, quien, desde el interior del helimóvil, había escuchado atentamente la conversación y se hallaba tan estremecida como él.

Y con razón, ya que el proyecto del profesor Scranton no podía ser más aterrador.

¡Crear un imperio de robots!

¡Dominar la Tierra con ellos!

¡Debía tratarse de un loco!

¡De un chiflado, ansioso de poder!

Sí, el tal profesor Scranton no podía estar muy cuerdo, porque a un científico cuerdo jamás se le ocurriría convertir a las personas en robots, en sofisticadas máquinas a su servicio, en ingenios electrónicos que no obedeciesen más órdenes que las suyas.

Así los programaba.

Karl Ziemmer y Martine Hofmeister eran una buena prueba de ello.

Dos perfectos siervos que cumplían al pie de la letra sus instrucciones.

¿Cómo habría conseguido el profesor Scranton convencerlos para que le permitiesen convertirlos en robots…?

¿Los habría obligado, tal y como parecía que pensaba hacer con ellos dos?

Ranko y Liliana pensaban que sí, que Karl y Martine no se habían sometido voluntariamente a una transformación tan terrible como dejar de ser seres humanos para convertirse en máquinas, por muchas ventajas que tuviesen los robots creados por el profesor Scranton.

Además, eso de dominar la Tierra…

Karl y Martine no tenían nada de ambiciosos, eran dos personas sencillas y honestas, que difícilmente podían estar de acuerdo en un proyecto como el que estaba llevando a cabo el profesor Scranton.

No, Karl y Martine no se habían convertido en robots por su propia voluntad, habían sido obligados por aquel científico de mente transtornada por la ambición y por el deseo de poder, quien pretendía nada más y nada menos, que hacerse dueño absoluto de la Tierra.

¿Se podía concebir mayor locura…?

Ranko Buriak se dijo que tenía que luchar.

En primer lugar, para evitar que el profesor Scranton los convirtiera a él y a Liliana Lanchester en robots, porque, si eso ocurría, ya no podrían hacer nada.

Y tenían que hacer mucho, si querían que el diabólico plan del profesor Scranton fracasa antes de que las personas robotizadas se contaran por docenas o por centenares.

¿O se contarían ya así…?

Ranko Buriak se estremeció, sólo de pensarlo.

—Liliana y yo no deseamos formar parte del imperio de los robots, Karl —hizo saber.

—Eso lo decís ahora, pero cuando hayáis sido robo tizados por el profesor Scranton pensaréis de la forma distinta —respondió Ziemmer.

—Queremos marcharnos, Karl.

—No podéis. Tu helimóvil no funciona, Ranko —recordó Martine.

—¿Cómo lo habéis inutilizado?

—Con una simple mirada.

—Con la mirada… —murmuró Buriak, impresionado.

—Sí, nuestros ojos tienen ahora un gran poder —explicó Karl—. Podemos hacer infinidad de cosas con ellos. Inutilizar un motor, derribar un objeto, paralizar a una persona… También podemos hacer daño con nuestros ojos. Mucho daño, Ranko.

—¿Nos estáis amenazando, Karl?

—Oh, no, nada de eso. Sois nuestros amigos, y no deseamos haceros el menor daño. Además, muy pronto seréis robotizados, y entonces…

—Nosotros no queremos ser robotizados, Karl, así que te ruego que me dejes poner en marcha mi helimóvil.

—Lo siento, pero no puedo complacerte. Tenemos orden de reteneros aquí hasta que el profesor Scranton mande por vosotros.

Ranko apretó los puños.

—Conque era eso, ¿eh?

—Pues no os va a ser tan fácil, Karl.

—Sencillísimo, te lo aseguro.

—Tú me conoces bien, y sabes que no soy de los que se resignan fácilmente. No voy a quedarme con los brazos cruzados, esperando que ese chiflado de Scranton mande por Liliana y por mí.

—¿Cómo puedes llamar chiflado a un sabio tan extraordinario como Bonar Scranton…? —exclamó Martine.

—¡Está como una regadera!

—¡No insultes al profesor Scranton, Ranko! —prohibió Karl.

Ranko Buriak no profirió más insultos contra el hombre que había robotizado a Karl Zimmer y Martine Hofmeister, pero echó a andar decididamente hacia el porche.

Como seguía con los puños apretados, Liliana Lanchester no tuvo la menor duda de que iba a atacar a Karl, y temió la reacción de éste y de Martine.

—¡Ranko! —lo llamó, angustiada.

Buriak no se detuvo.

Alcanzó el porche y subió a él.

—Deténte, Ranko —ordenó Karl.

—No te conviene atacarnos —añadió Martine.

—No me gusta tener que hacerlo, pero no me dejáis otra salida —rezongó Buriak, y fue hacia Karl y Martine.

—Está bien, tú lo has querido —dijo Zimmer, y entrecerró ligeramente los ojos.

Apenas un segundo después, sus azuladas pupilas lanzaban sendos rayos amarillentos, tan rápidos como breves. Ambos alcanzaron en el pecho a Ranko Buriak, y éste tuvo la sensación de que era coceado por una mula furiosa.

No sintió ningún dolor, pero se vio derribado violentamente.

Quedó tendido de espaldas en el porche.

—¡Dios mío! —exclamó Liliana Lanchester, y descendió precipitadamente del helimóvil, desobedeciendo la orden que le diera Ranko.

Este ya se estaba incorporando, rabioso por la caída. —Eso no es pelear limpio, Karl! —rugió.

—Lo siento, Ranko, pero no pudo liarme a puñetazos contigo. He sido robotizado, y los golpes no me convienen. Podría sufrir alguna avería, ¿sabes?

—¿De veras?

—Sí, las personas robotizadas debemos tener mucho cuidado con los golpes bruscos y violentos.

—¡Ese es un problema que yo no tengo! —dijo Buriak, y se lanzó sobre Karl y Martine.

—¡No, Ranko! —gritó Liliana.

En esta ocasión, fue Martine la que entrecerró los ojos.

Al instante, sus pardas pupilas emitieron un par de rayos amarillentos, tan rápidos y tan breves como los que poco antes emitiera el rubio Karl.

Los efectos fueron idénticos.

Ranko, alcanzado de nuevo en el pecho por los malditos rayos, no sólo vio frenado su impulso, sino que se vio derribado otra vez, quedando nuevamente tumbado de espaldas en el suelo.

Liliana corrió hacia el porche. —¡Ranko!

Este se irguió de un salto y ordenó:

¡Vuelve al helimóvil, Liliana!

—¡No!

—¡Obedece!

La joven no hizo caso y subió al porche, abrazándo se a Ranko Buriak.

¡No puedes luchar con ellos, Ranko!

—¡Sí que puedo!

—¡Te destrozarán!

—¡Veremos!

Martine Hofmeister aconsejó:

—Haz caso a Liliana, Ranko. Ella tiene razón, no puedes luchar con nosotros.

—Sí, es inútil que intentes atacarnos —dijo Karl Ziemmer—. Ya has visto con qué facilidad podemos derribarte.

—¡Vuestros rayos no me han hecho ningún daño! —replicó Ranko.

—Porque no hemos querido causártelo. De haberlo deseado, en estos momentos te estarías retorciendo de dolor en el suelo, sin fuerzas para levantarte. —¡Lo dudo mucho!

Liliana le cubrió la boca con su mano.

—¡No los provoques, Ranko! —¡Aparta! —rugió Buriak, empujando a la mu chacha.

Después, se lanzó de nuevo sobre Karl y Martine. Ahora estaba más cerca de ellos que antes, tenía más posibilidades de derribarlos y golpearlos con sus puños hasta inutilizarlos, lo cual no tardaría mucho en conseguir, a juzgar por las palabras de Karl.

Había dicho bien claro que no les convenían los golpes bruscos y violentos, porque podían ocasionarles averías. Y eso quería Ranko, averiarlos a los dos. Pero no era fácil sorprender a Karl y Martine. Ambos reaccionaban con celeridad ante cualquier ataque, y antes de que Ranko pudiera caer sobre ellos, sus ojos enviaron sendos rayos.

En esta ocasión no fueron amarillentos, sino azulados.

Los efectos, lógicamente, tampoco fueron los mismos.

Estos rayos no empujaban con violencia a la persona u objeto que los recibía, sino que paralizaban por completo.

Y así se quedó Ranko Buriak, paralizado totalmente

Parecía una estatua.

Liliana Lanchester dilató sus preciosos ojos verdes

—¡Ranko! —chilló.

—Es inútil que lo llames, Liliana —dijo Martine— No puede oírte ni verte, aunque tenga los ojos abier tos. Ni a ti, ni a nosotros. Es como si

estuviera inconsciente.

—Permanecerá así unos diez minutos —añadió Karl—. Después, recobrará su movilidad y no acusan en absoluto los rayos paralizantes que le hemos enviado. Se encontrará perfectamente, no te preocupes

* * *

CAPITULO V

Liliana Lanchester no había recibido ningún rayo paralizador, pero estaba tan paralizada como Ranko Buriak. Ella lo estaba de terror, tras la demostración de poder de los robotizados Karl Ziemmer y Martine Hofmeister.

Eran dos máquinas temibles.

Con un ejército de robots así, no parecía descabellado intentar adueñarse de la Tierra. Sería muy difícil contenerlos, por no decir imposible.

El profesor Scranton podía ser el amo del mundo, si creaba su imperio de robots. Un imperio duradero, porque sería indestructible, y del que Liliana Lanchester y Ranko Buriak parecían predestinados a formar parte, si no ocurría un milagro.

De ahí el terror de Liliana.

Ella y Ranko estaban en poder de Karl y Martine.

Y eso era como estar en poder del profesor Scranton.

Liliana y Ranko eran dos robots en potencia.

La muchacha hubiera echado a correr, pero no podía mover sus hermosas piernas. Las tenía agarrotadas, le temblaban, como todo su cuerpo que se había quedado como el hielo.

No hubiera servido de nada, tampoco, y Lilian lo sabía.

Karl y Martine la hubieran paralizado, como a Ranko, y ahora serian dos las estatuas. En realidad, ya lo eran, porque Liliana también parecía una estatua.

—Ocúpate de Liliana, Martine —indicó Karl—. Yo cargaré con Ranko.

—Bien —respondió la bella morena, y se acercó a Liliana, a la que cogió del brazo con suavidad.

Karl cargó con Ranko como si cargara con un maniquí.

Y lo hizo sin ningún esfuerzo.

Resultaba sorprendente, porque Ranko pesaba casi noventa kilos. Y, aunque Karl era un tipo muy fuerte y musculoso, no era normal que trasnportara a un hombre de la talla y complexión de Ranko Buriak con tan asombrosa facilidad.

Parecía que transportaba un muñeco de cartón.

Karl entró en la casa, cargado con Ranko, cuya inmovilidad seguía siendo absoluta. Ni muerto estaría tan rígido.

—Vamos, Liliana —indicó Martine, tirando suavemente de ella.

Liliana Lanchester movió torpemente las piernas.

Sentía el contacto de la mano de Martine Hofmeis ter en su brazo.

Un contacto cálido.

Agradable.

Natural.

Nadie diría que se trataba de la mano de un robot.

De una máquina al servicio del profesor Scranton.

Liliana seguía siendo humana, y sin embargo estaba más fría que Martine, lo cual no dejaba de resultar paradójico.

Estaban a punto de entrar en la casa.

De pronto, y actuando más por instinto que por cualquier otra cosa, Liliana le propinó un tremendo empellón a Martine, a la que derribó aparatosamente.

Inmediatamente después, Liliana echó a correr.

¡Y cómo!

Ya no sentía las piernas agarrotadas ni torpes.

Ahora parecían las piernas de una atleta.

Quizá se debía a su deseo de seguir siendo un ser humano en vez de convertirse en un robot sin sentimientos y sin emociones reales, verdaderas.

Sea como fuera, a Liliana parecían haberle surgido alas en los pies.

No corría.

¡Volaba!

Ya había descendido del porche, y como sabía que el helimóvil de Ranko no funcionaría, no se molestó en subir a él e intentar poner el motor en marcha.

Era mejor alejarse todo lo posible de la casa.

Perderse de vista.

Después, buscaría ayuda.

Tenía que salvar a Ranko.

No podía dejarle en manos de Karl y Martine.

Por desgracia para Liliana, Martine no había resultado averiado en la aparatosa caída, su mecanismo interior funcionaba perfectamente, y pudo incorporarse con rapidez.

—¡Karl! —gritó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ziemmer, desde el interior de la casa.

—¡Liliana ha huido!

—¡Síguela, Martine! ¡Tienes que atraparla! ¡Yo no puedo dejar solo

a Ranko!

—¡Voy tras ella!

Martine Hofmeister parecía tener alas en los pies.

Nadie diría que era un robot, viéndola correr con aquella ligereza.

Viéndola correr... y viendo saltar sus tentadores pechos, que la fina y transparente camiseta no lograba sujetar.

Liliana Lanchester se había alejado ya casi cien metros de la casa.

Volvió un instante la cabeza, sin dejar de correr por la dorada arena, y descubrió que Martine la perseguía.

—¡Dios mío, ayúdame! —pidió al ver lo veloz que corría la robotizada morena.

—¡Detente, Liliana! —ordenó Martine.

La aterrorizada muchacha no hizo caso, claro.

Es más, intentó aumentar el ritmo de su carrera.

No pudo, naturalmente.

Era imposible correr más rápido.

Además, empezaba a notar cansancio.

Este era un problema que Martine no tendría, aunque corriese cincuenta kilómetros seguidos.

Lógicamente, las distancias empezaron a reducirse.

Segundos después, Martine tenía a Liliana al alcance de los rayos que podían emitir los ojos de las personas robotizadas.

Le envió dos.

No fueron amarillentos ni azulados, sino rojizos.

De los que causaban dolor.

Liliana los recibió de espalda y al instante se derrumbó, dando un chillido. Sentía como si le hubieran clavado un par de flechas entre los omoplatos.

El dolor era terrible.

Insufrible.

Espantoso.

Y, como no remitía. Liliana empezó a retorcerse sobre la arena, sin dejar de gritar.

Martine la alcanzó y se detuvo junto a ella.

—¿Ves lo que has conseguido, estúpida?

Liliana no respondió.

Seguía retorciéndose sobre la arena, incapaz de soportar tanto dolor.

—Si me das tu palabra de que no intentarás escapar de nuevo, haré que dejes de sufrir —dijo Martine.

—¡Sí, te la doy! —contestó al instante Liliana.

Martine entornó los ojos y envió sendos rayos verdosos, que fueron a estrellarse en el pecho de Liliana, quien, efectivamente, dejó de sufrir.

El dolor había desaparecido por completo.

No quedaba ni rastro de él.

Martine ordenó:

—Levántate, Liliana. Y recuerda que me has dado tu palabra. Si faltas a ella y vuelves a atacarme, lo lamentarás, porque te haré sufrir mucho más que ahora.

Se puso en pie y dijo:

—No volveré a atacarte, Martine.

—Bien, regresemos a la casa. Quiero llegar antes de que Ranko recobre la movilidad, pues es capaz de atacar a Karl.

* * *

Karl Ziemmer había dejado a Ranko Buriak en el salón.

Ranko seguía pareciendo una estatua, pero los efectos de los rayos paralizantes estaban a punto de concluir y muy pronto podría moverse con absoluta normalidad.

Karl lo sabía, y no lo perdía de vista, a la vez que se mantenía prudentemente distanciado de él, para que Ranko no sintiera la tentación de intentar sorprenderle cuando perdiera su rigidez.

El rubio se había situado junto al amplio ventanal, que daba a la parte frontal de la casa, y se alegró mu cho cuando vio que Martine Hofmeister regresaba con Liliana Lanchester.

En realidad, no había dudado en ningún momento de que Martine atraparía a Liliana, dada su condición de mujer robotizada y las ventajas que ello le otorgaba.

Martine y Liliana subieron al porche.

Karl, con el gesto, les indicó que se dieran prisa.

Martine comprendió que Ranko estaba a punto de salir de los efectos de los rayos paralizadores y empujó a Liliana, diciendo:

—Rápido, chica.

Liliana no tuvo más remedio que trotar, y entró en la casa así, seguida de Martine, quien también iba al trote para ganar segundos.

Justo en el instante en que ambas penetraron en el amplio salón, Ranko Buriak empezaba a dar señales de vida.

—¡Ranko! —exclamó Liliana, y corrió hacia él.

Lo abrazó, evitando con ello que Ranko tuviera una reacción violenta y sufriera las consecuencias.

—¿Qué ha pasado, Liliana? —preguntó él—. No recuerdo haber entrado en el salón.

—Atacaste a Karl y Martine, y ellos te paralizaron con sus malditos rayos. Parecías una estatua. Karl cargó contigo y te dejó aquí. Has estado así unos diez minutos.

—Entiendo —rezongó Buriak, mirando duramente a Karl y Martine.

—¿Te encuentras bien, Ranko?

—Sí. ¿Y tú, Liliana...?

—Intenté escapar pero Martine me dio alcance y...

—¿Te causó algún daño?

—Sí, pero duró un poco, por fortuna.

—¿Qué te hizo?

Liliana se lo contó.

Ranko volvió a mirar con dureza a la hermosa morena.

—¿Por qué tuviste que causarle aquel terrible dolor, Martine? ¿Por qué no la paralizaste, como hicisteis conmigo?

—Quise que supiera lo que le ocurriría si intentaba escapar de nuevo, Ranko —respondió la morena—. Ahora lo sabe ella... y lo sabes tú también.

—Bien dicho —habló Karl.

Ranko los fulminó a los dos con la mirada.

—¡Malditos!

Karl rió.

—Cálmate, Ranko. Recuerda que hacemos todo esto por vuestro bien.

—¿Por nuestro bien...?

—Cuando el profesor Scranton os haya robotizado, nos lo agradeceréis, ya veréis —dijo Martine.

—¡Prefiero mil veces la muerte! —rugió Ranko.

—¡Y yo! —dijo Liliana.

Karl volvió a reír, esta vez acompañado de Martine.

—¡Pareja de tontos! —dijo el rubio.

—No comprenden las ventajas de estar robotizados, eso es lo que pasa —repuso la morena.

—Pues ya les hemos hecho unas cuantas demostraciones.

—Es evidente que no han sido suficientes, Karl. ¿Por qué no les hacemos algunas más…? —sugirió Martine.

—No es mala idea. Antes, sin embargo, debemos llamar al profesor Scranton, para que mande por ellos.

—Tienes razón.

—Sentaros en el sofá. Ranko —indicó Karl.

Buriak vaciló.

—Vamos, obedeced, o tendremos que haceros sufrir un poco —amenazó Martine.

Liliana se estremeció.

—Hagamos lo que dicen, Ranko —pidió, empujándole hacia el sofá.

Se sentaron ios dos en él.

—Buenos chicos —sonrió Martine—. Ya puedes hacer la llamada, Karl. Yo vigilo a Ranko y Liliana.

—Perfecto —respondió el rubio, y se acercó al videófono que tenía en el salón.

CAPITULO VI

Bonar Scranton respondió inmediatamente a la llamada.

Desde el sofá, Ranko Buriak y Liliana Lanchester podían ver la pantalla del videófono, y cuando en ella apareció la imagen del científico, ambos se explicaron que deseara adueñarse de la Tierra creando un imperio de robots.

Tenía cara de loco.

Y era evidente que lo estaba.

Loco de remate, además.

Lo delataba su revuelto cabello, que debía de hacer años que no veía un peine. Y el brillo de sus pequeños ojos, absolutamente demencial. Y la mueca de sus delgados labios, siniestra y cruel.

Sí.

Su rostro entero denunciaba que se trataba de un hombre que no se hallaba en sus cabales. De un hombrecillo, más bien, pues aunque la pantalla del videófono no ofrecía más que la parte superior de su cuerpo, se adivinaba que era un tipo pequeño y delgado, que no mediría mucho más del metro cincuenta y pesaría escasamente cuarenta y cinco o cincuenta kilos.

Ranko y Liliana trataron de calcular su edad, pero no resultaba fácil, pues lo mismo podía tener cincuenta años que sesenta. E incluso

más.

El perturbado sabio llevaba una bata de científico, que no estaba demasiado limpia, por cierto.

—Buenas tardes, profesor Scranton —dijo Karl Ziemmer, con una sonrisa.

—Hola, Karl —respondió Bonar, con voz de cornetín—. ¿Han llegado ya vuestros amigos?

—Sí, están aquí, profesor. Llegaron hace un rato.

—¿Y les habéis explicado ya que...?

—Sí, profesor. Ranko y Liliana saben que Martine y yo hemos sido robotizados por usted.

—¿Y qué opinan?

—No acaban de comprender las ventajas que tenemos las personas robotizadas, profesor.

—¿No?

—Martine y yo hemos tratado de explicarles que es maravilloso ser persona y robot a la vez, pero no lo entienden. Querían marcharse, pero se lo hemos im pedido.

—Bien hecho, Karl.

—¿Cuándo va a mandar por ellos, profesor Scranton?

—Inmediatamente.

—Perfecto, profesor.

—Que no escapen, ¿eh?

—No tema, profesor.

—Confío en vosotros, Karl.

—Gracias.

—Adiós, Karl. Y dale un beso de mi parte a Martine.

—Lo haré, profesor.

Bonar Scranton cortó la comunicación y su imagen de loco desapareció de la pantalla del videófono.

* * *

Karl Ziemmer se volvió hacia el sofá.

—El profesor Scranton mandará en seguida por vosotros, ya lo habéis oído.

Ranko Buriak y Liliana Lanchester no respondieron.

Martine Hofmeister dijo:

—El profesor Scranton te pidió que me dieras un beso de su parte, ¿no, Karl?

—Así es.

—¿Y a qué esperas?

Karl se acercó a Martine y besó sus rojos labios, que se entreabrieron, invitando a la caricia profunda, excitante, prolongada.

Ranko y Liliana cambiaron una mirada.

Les extrañaba que dos robots pudieran besarse de aquella manera.

Mientras su boca permanecía soldada a la de Martine, las manos de Karl acariciaron las curvadas caderas de la morena, su prieto trasero, escasamente cubierto por el pantaloncito del plateado bikini, y sus magníficos pechos, que descubrió levantando la delgada camiseta hasta muy arriba.

Ranko y Liliana pudieron ver que Martine se estremecía de placer, y eso aún les extrañó más, teniendo en cuenta que se trataba de una máquina creada por el profesor Scranton.

Karl separó su boca de la de Martine y miró a Ranko y Liliana.

Bueno, la verdad es que no los había perdido de vista ni un segundo, por si intentaban algo.

—¿Veis como es cierto? Cuando nos besamos y nos acariciamos,

gozamos de verdad. Intensamente. Y tenemos la ventaja de que, como no acusamos fatiga, podemos hacer el amor repetidamente. Durante horas enteras.

—¿Por qué no lo hacemos ahora, Karl? —sugirió Martine.

—¿Delante de Ranko y Liliana?

—Sí, para que se convenzan de que nuestro placer es auténtico, intenso, maravilloso.

—De acuerdo —respondió el rubio, y se despojó de la camisa.

Martine hizo lo propio con su camiseta y quedó con el torso desnudo, como Karl. Este hizo ademán de bajarse el escueto bañador, y la morena el minúsculo pantaloncito del bikini, cuando Ranko brincó del sofá y exclamó:

—¡Alto!

Karl y Martine interrumpieron sus respectivos movimientos.

—¿Qué ocurre, Ranko? —preguntó el rubio.

—¡No podéis hacer el amor aquí, delante de nuestras narices!

—¿Por qué no? —preguntó Martine.

—¡El amor no se hace en público! ¡Es un acto íntimo, no un número de circo!

—Sólo queremos demostraros que es cierto que gozamos como locos cuando nos amamos, Ranko —dijo Karl.

—¡No es necesario!

—¿Os habéis convencido ya, acaso...? —preguntó Martine.

Ranko iba a responder, pero se interrumpió, porque acababa de tener una idea. Si la cosa salía bien, podrían librarse de Karl y Martine y abandonar la casa antes de que llegasen los enviados del profesor Scranton.

No sería fácil sorprender a Karl y Martine, pero había que intentarlo, así que Ranko no lo dudó más y dijo:

—Sigo pensando que vosotros no podéis sentir un placer real y

verdadero. Ni sentirlo, ni proporcionarlo. Todo es falso. Si yo te acariciara a ti, Martine, no sentirías absolutamente nada, porque no estoy robotizado y vosotros funcionáis por impulsos eléctricos, Y tampoco Liliana sentiría nada, si Karl la acariciara. Por la misma razón, claro. Ella no está robotizada, y sólo puede sentir placer si la acaricia un ser humano.

Karl Ziemmer y Martine Hofmeister se miraron.

Los dos estaban pensando lo mismo.

En demostrar a Ranko Buriak que estaba equivocado.

Y eso era lo que Ranko quería, que Martine le permitiese acercarse a ella y Karl se acercase a Liliana, para poder sorprenderles e inutilizarles.

A Liliana Lanchester, en principio, le desconcertaron las palabras de Ranko Buriak, pero no tardó en comprender que se trataba de un plan para escapar de la apurada situación en que ambos se encontraban y se dispuso a secundarlo.

Si Karl y Martine mordían el anzuelo, claro.

Y lo mordieron.

Tenían tanto interés en demostrar a Ranko y Liliana que las personas robotizadas podían sentir y proporcionar un placer intenso, muy superior al que podían sentir y proporcionar los seres humanos, que no sospecharon que se trataba de un plan para sorprenderles y librarse de ellos.

Martine se separó unos metros de Karl, puso los brazos en jarras, sacó descaradamente pecho, y pidió:

—Aproxímate, Ranko. Quiero que me acaricies con tus manos, que me beses con tus labios, que me estreches entre tus brazos. Te convencerás de que puedo sentir un gran placer. Mayor que el que siente Lilian cuando tú la besas, la acaricias y la abrazas con pasión.

Ranko miró un instante a Liliana, adivinó que la muchacha conocía sus intenciones y que estaba dispuesta a prestarle su colaboración, para que el plan diera resultado, y después se acercó lentamente a la robotizada morena.

Karl, por su parte, caminó hacia el sofá y se sentó al lado de

Liliana, cuyas piernas empezó a acariciar lenta y suavemente.

—Voy a causarte más placer que Ranko, Liliana —aseguró.

—Lo dudo mucho —respondió la joven, esforzándose por no acusar las caricias del robotizado Karl, que eran realmente hábiles y enervantes.

Ranko ya había empezado a besar y acariciar a Martine, y ésta se estremecía de placer, entre suspiros y gemidos, mientras sus brazos desnudos cercaban el cuello masculino.

El breve y dorado vestido de Liliana se cerraba sobre el hombro derecho. Karl manipuló el cierre, mientras le cubría el rostro de dulces y suaves besos, y el vestido se abrió, dejando visibles los turgentes pechos de la joven, que el rubio comenzó a acariciar y oprimir con suavidad, haciendo vibrar de excitación los rosados pezones que coronaban aquel par de bellos y armoniosos senos.

Liliana tuvo que morderse los labios para no gritar de placer.

Martine, en cambio, no se reprimía en absoluto.

Ranko, sin dejar de besar a la morena, y de acari

ciar sus espléndidas formas, miró con disimulo a Liliana y le pidió algo con los ojos.

Liliana creyó entender y agarró la cabeza de Karl, haciéndola bajar hasta sus pechos desnudos, como si deseara que se los besara y se los mordiera hábilmente.

Y el rubio la complació, claro.

Un par de segundos después, Ranko entraba en acción.

Y lo hizo de forma centelleante.

Era la única manera de que su plan diese resultado.

CAPITULO VII

A quien primero debía inutilizar Ranko Buriak era, lógicamente, a Martine Hofmeister. Su puño derecho ascendió veloz y potente, y se estrelló en la mandíbula de la morena.

Y tan sólo un segundo después, era su puño izquierdo el que percutía en el rostro femenino, justo entre los ojos.

Ranko se sintió raro.

Era la primera vez que golpeaba a una mujer.

Sabía que Martine ya no era un ser humano, que ahora era un robot, una sofisticada máquina, pero, aun así resultaba muy desagradable golpear una cara tan bonita con sus puños.

Afortunadamente, un par de puñetazos bastaron para inutilizar momentáneamente a la hermosa morena, pues cayó al suelo y quedó absolutamente inmóvil, con los ojos cerrados y la cabeza ladeada.

Su complejo mecanismo debía de haber sufrido algún tipo de avería.

Martine había dejado de ser un peligro.

Pero quedaba Karl.

El rubio había oído los secos chasquidos que los puños de Ranko habían producido al golpear el rostro de Martine, así como el ruido causado por el cuerpo de la morena al estrellarse contra el suelo.

Naturalmente, Karl Ziemmer se olvidó de los preciosos senos de Liliana Lanchester e intentó revolverse con rapidez, pero ésta le apretó con fuerza la cabeza contra su pecho desnudo y lo impidió, al tiempo que gritaba:

—¡Más, Karl, más! ¡No dejes de besarme y de acariciarme los pechos! ¡Me vuelves loca de placer!

Liliana, por supuesto, trataba sólo de retener a Karl, de impedir que pudiera atacar a Ranko antes de que éste cayera sobre él y lo golpeara con dureza, como a Martine.

El rubio le adivinó la intención y se libró de ella haciendo uso de su fuerza, que era mucha, como ya demostró cuando cargó con el paralizado Ranko sin el menor esfuerzo.

—¡Aparta, zorra! —rugió, revolviéndose ya con los ojos entrecerrados, prestos a lanzar sendos rayos paralizantes.

Por suerte, Ranko volaba ya hacia él y le atizó un tremendo puñetazo en la cara antes de que pudiera hacer uso de sus poderes. Un segundo golpe, tan duro y contundente como el primero, inutilizaron a Karl, quien quedó tendido en el suelo, junto al sofá, inmóvil y con los ojos cerrados.

También el rubio había dejado de ser un peligro.

Por el momento, al menos.

Ranko se irguió con prontitud y cogió por los hombros a Liliana.

—¿Estás bien?

—¡Sí! —respondió la muchacha, abrazándose a él.

Ranko la estrechó contra sí.

—Gracias por haber retenido a Karl, Liliana.

—Tenía que darte tiempo para que pudieras caer sobre él y golpearle.

—Estuviste extraordinaria.

—Tú sí que has estado extraordinario. Tuviste una idea genial con lo de las caricias, ¿sabes?

—¿Sentiste algo cuando Karl…?

—¡Uf!, ya lo creo. No me estaba besando y acariciando un robot, sino un hombre. Me temblaba todo, te lo aseguro.

Ranko Buriak sonrió.

—Tampoco yo tuve en ningún momento la sensación de estar besando y acariciando a un robot, lo confieso. Martine podrá ser una máquina por dentro, pero por fuera sigue siendo una mujer de verdad, le toques lo que le toques.

—Vamos, que te pusiste las botas —rezongó la joven, frunciendo el ceño.

Buriak carraspeó.

—Formaba parte del plan, Liliana.

—Sí, claro. Pero tampoco era necesario que te emplearas tan a fondo con ella.

—Bueno, Karl también se empleó bastante a fondo contigo, según parece... —repuso Ranko, acariciando suavemente los pechos de Liliana, que seguían al aire, porque aún no se había cerrado el corto vestido brillante.

—No es lo mismo —gruñó ella—. Yo no tenía más remedio que soportar los besos y los toqueteos de Karl, para distraerle, pero tú no tenías por qué estrujar con tantas ganas a Martine.

—¿Estás celosa, Liliana...?

—¡Estoy cuernos! —rugió la joven, y se cerró bruscamente el vestido, impidiendo que Ranko continuara acariciándole los senos.

Buriak no pudo contener la risa.

—Tenemos que irnos, Liliana.

—Sí, será lo mejor —masculló la muchacha.

Ranko la cogió de la mano.

—Vamos, preciosa.

Caminaron hacia la puerta del salón.

Antes de cruzarla, Liliana preguntó:

—¿Están averiados Karl y Martine, Ranko?

—Creo que sí.

—¿Y qué pasará ahora con ellos?

—El profesor Scranton tendrá que repararlos, supongo.

—Cuando lleguen sus enviados y descubran que nos hemos

escapado, tras haber inutilizado a Karl y Martine, el profesor Scranton va a coger un berrinche fenomenal.

—Pues aún lo cogerá mayor cuando la policía le detenga y lo encierre en un manicomio, por chiflado.

—No será fácil atraparlo, Ranko.

—Bueno, depende de lo protegido que esté. Si tiene un buen número de personas robotizadas a su alrededor, los agentes de la ley encontrarán muchas dificultades para llegar hasta él. Pero finalmente lo lograrán, ya verás. Lo importante es que hemos descubierto el diabólico proyecto que está llevando a cabo ese loco de Scranton, que estamos libres para poder informar a las autoridades y que éstas intervendrán rápidamente.

—Tienes razón.

—Venga, démonos prisa, Liliana. No quisiera que los enviados del profesor Scranton llegaran y nos sorprendieran todavía aquí.

—¡Ni yo!

Ranko y Liliana salieron de la casa y descendieron del porche.

La muchacha recordó:

Tu helimóvil está inutilizado, Ranko.

Lo sé.

Tendremos que huir a pie.

—No, lo haremos en el helimóvil de Karl. Debe d estar en el hangar.

—¡Corramos!

Fueron al hangar.

La puerta estaba cerrada, pero Ranko sabía cómo abrirla.

Pulsó el pequeño disco rojo que sobresalía en la pared, a la izquierda de la puerta.

Inmediatamente, la puerta comenzó a elevarse.

Ranko y Liliana penetraron en el hangar.

Allí, efectivamente, estaba el helimóvil de Karl.

Subieron rápidamente a él.

Antes de poner el motor en marcha, Ranko cogió el mando de control remoto que abría y cerraba el techo del hangar. Lo accionó, y el techo se abrió.

Segundos después, el helimóvil de Karl Ziemmer se elevaba y salía del moderno hangar. Todavía estaba ganando altura, cuando Ranko y Liliana descubrieron otro helimóvil.

Venía directo hacia la casa de Karl.

Liliana dio un nervioso respingo y exclamó:

—¡Son los enviados del profesor Scranton!

Sí, no podían ser otros.

CAPITULO VIII

Sí, no podían ser otros.

Y habían sido rápidos, los condenados.

Ranko Buriak, consciente del peligro que él y Liliana Lanchester corrían, trató de alejar el helimóvil de la casa de Karl Ziemmer lo más velozmente posible.

Los enviados del profesor Scranton debieron adivinar que Ranko y Liliana huían en el helimóvil de Karl, ya que se lanzaron inmediatamente en su persecución.

—¡Nos siguen, Ranko! —gritó Liliana.

—¡Nos desviaremos hacia el mar!

—¿Por qué?

—¡Para caer sobre algo blando, si nos derriban! —respondió Buriak, desviando ya la dirección del aparato volador.

La maniobra no pudo ser más oportuna, puesto que el ataque de los enviados del profesor Scranton se produjo apenas unos segundos después.

Eran personas robotizadas, no cabía la menor duda, ya que hicieron fallar el motor del helimóvil de Karl con sus poderosos rayos.

El aparto se bamboleó, al perder fuerza sus hélices.

Lilian dio un chillido de terror.

—¡El motor empieza a fallar, Ranko!

—¡Como la otra vez, maldita sea! —rugió Buriak.

—¡Nos vamos a estrellar!

—¡Caeremos al mar, no temas!

—¡Dios mío!

El helimóvil de Karl parecía haberse vuelto loco.

Por fortuna, debajo tenían ya el mar.

Aun así, el impacto sería violento, por lo que Ran ko decidió que debían abandonar el aparato antes de que éste chocara contra las aguas.

—¡Salta, Liliana! —indicó.

—¿Qué? —respingó la muchacha.

—¡Nos conviene arrojarnos al agua antes de que el helimóvil se estrelle contra el mar! ¡Y eso va a ser muy pronto!

—Pero...

—¡Obedece, maldita sea!

—¡Está bien!

Liliana abrió la puerta de su lado, decidida a lanzarse, pero como había todavía bastante altura, vaciló.

—¡No me atrevo, Ranko!

—¡Yo te ayudaré! —respondió Buriak, y le dio un fuerte empujón, lanzándola fuera del helimóvil.

—¡Socorro...! —chilló Liliana, mientras se precipitaba contra las azuladas aguas.

Ranko abrió la otra puerta y se arrojó también al mar, sin importarle la altura.

Justo en este momento, el motor se paraba por completo y las hélices dejaban de girar, lo que motivó la caída del helimóvil.

El averiado aparato se estrelló violentamente contra el mar, algunos metros más allá de donde habían caído Ranko y Liliana.

Liliana, lógicamente, fue la primera en emerger.

Ranko emergía también a los pocos segundos, algo distanciado de la muchacha.

—¡Liliana!

—¡Ranko!

Buriak nadó hacia ella.

—¿Estás bien?

—¡Mojada! ¡Y muy asustada, también! —respondió Liliana, mirando hacia arriba.

Ranko la imitó.

Ambos pudieron ver el helimóvil de los enviados del profesor Scraton, detenido a cierta altura.

—¡Nos han atrapado, Ranko!

—¡Todavía no!

—¡Nos cogerán en cuanto alcancemos la playa!

—¡No vamos a nadar hacia la playa, sino hacia aquellas rocas! —indicó Buriak, señalándolas con el brazo.

—¡Nos cazarán igualmente, Ranko!

—¡Les daremos guerra, ya verás! ¡Vamos, nada hacia allí, Liliana!

La joven obedeció.

Ranko braceó también en aquella dirección, sin perder de vista el helimóvil de los enviados del profesor Scranton, pues intuía que éstos harían algo.

Y, en efecto, lo hicieron.

Ranko vio que el helimóvil de los robotizados descendían, como si fuera a posarse en el mar, y gritó:

—¡Vienen por nosotros, Liliana! ¡Sumerjámonos, rápido!

La muchacha llenó sus pulmones de aire y desapareció bajo las aguas.

Ranko hizo lo propio.

Así, nadando entre dos aguas, siguieron avanzando hacia las rocas en las que Ranko Buriak pensaba hacer frente a los robotizados de Bonar Scranton.

Lo malo era que las rocas se hallaban a una distancia que, para cubrirla nadando por debajo del agua, sin poder llevar aire a sus pulmones, resultaba excesiva.

Necesariamente tendrían que emerger aunque sólo fuera una vez.

Los enviados de Scranton lo sabía, y estaban esperando ese

momento para atacarles con sus rayos paralizadores.

Liliana, con gestos muy expresivos, hizo saber a Ranko que el aire se estaba agotando en sus pulmones, que tenía que subir a la superficie, pues ya no podía resistir más tiempo debajo del agua.

Ranko hubiera podido aguantar un poco más, pero como no debía permitir que la muchacha emergiera sola, le respondió con gestos que iba a salir con ella a la superficie.

Emergieron los dos.

El helimóvil de los enviados del profesor Scranton besaba literalmente el mar, algunos metros más allá de donde habían emergido Ranko y Liliana.

Los robotizados eran cuatro, exactamente, y como se hallaban muy atentos a la inminente aparición de los amigos de Karl y Martine, los descubrieron inmediatamente.

—¡Ahí, están! —exclamó uno de ellos, y envió velozmente un par de rayos azulados con sus entornados ojos, tomando como blanco la cabeza de Ranko Buriak.

Este dio un salto en el agua, esquivando el par de rayos paralizadores.

—¡Cuidado, Liliana! ¡Tenemos que sumergirnos en

seguida!

La joven, que ya había acumulado suficiente aire en sus pulmones, se dispuso a desaparecer de nuevo bajo las aguas, pero los otros robotizados habían empezado también a lanzar rayos azulados y algunos de ellos alcanzaron a la muchacha.

Lilian Lanchester quedó totalmente paralizada.

Y así se hundió.

Como una estatua de mármol.

Ranko Buriak no pudo hacer nada por ella, ya que también él había sido alcanzado por algunos rayos azulados, y estaba tan paralizado como la muchacha.

Naturalmente, también se hundió.

Como un bloque de granito.

La muerte era inevitable para los dos, si alguien no les sacaba a la superficie rápidamente.

Por suerte para ellos, el profesor Scranton no los quería muertos, sino vivos, para convertirlos en dos robots más a su servicio, y dos de los enviados por él se lanzaron al agua para rescatar los cuerpos paralizados de Ranko y Liliana.

No les resultó difícil, pues aparte de nadar como peces, los robotizados no necesitaban aire para respirar y podían permanecer tanto tiempo bajo el agua como fuera de ella.

Uno de ellos se hizo cargo de Ranko, y el otro se ocupó de Liliana.

Los sacaron a la superficie y los metieron en la parte trasera del helimóvil.

—Atémoslos, antes de que recobren la movilidad —dijo uno de los robotizados, mientras el que pilotaba el heliomóvil hacía que el aparato se elevara.

CAPITULO IX

Cuando Ranko Buriak y Lilian Lanchester se recobraron, pudieron comprobar que el heliomóvil de los enviados del profesor Scranton se hallaba posado frente a la casa de Karl Ziemmer.

Y en seguida supieron por qué, pues vieron cómo dos de los robotizados sacaban de la casa al rubio y Martine Hofmeister, y los metían en el helimóvil de Ranko.

Estaba claro que Karl y Martine iban a ser traslada dos también al laboratorio de Bonar Scranton, para que éste reparara las averías causadas por los puñetazos que Ranko les propinara a ambos.

Lo que no entendían Ranko y Liliana es por qué los introducían en el helimóvil del primero, cuyo motor no funcionaba.

¿Ignorarían que Karl y Martine lo había inútilizado…?

No, los robotizados no lo ignoraban, pero sabían cómo ponerlo en marcha. Bastó que uno de ellos lanzara un par de rayos verdosos contra el motor, para que éste pudiera funcionar.

Las hélices comenzaron a girar, cogieron fuerza rápidamente, y el aparato se elevó, llevando a bordo a los averiados Karl y Martine, y a los dos robotizados que los sacaran de la casa.

Por cierto, que los robotizados no se habían molestado en ponerle a Karl su vistosa camisa de manga corta, ni a Martine su delgada y transparente camiseta, por lo que el rubio seguía en bañador y la morena con la pieza inferior del plateado bikini, lo que le permitía exhibir sus turbadores senos.

El helimóvil de los enviados del profesor Scranton se puso también en movimiento, transportando a los otros dos robotizados, a Ranko Buriak y a Lilian Lanchester.

Los dos robotizados iban en el asiento delantero, y mientras uno pilotaba el aparato con mano segura, el otro vigilaba a Ranko y Liliana, vuelto hacia ellos.

Era un tipo joven, delgado, pero de fuerte constitución, con el pelo rojo y corto. Podía decirse que tenía una cara simpática, aunque su mirada era fría, extraña, lo mismo que la leve sonrisa que esbozaban

sus labios.

No podía negar que había sido robotizado.

Ya no era un ser humano.

Era una máquina.

Otro más al servicio del diabólico profesor Scranton.

El pelirrojo, al igual que sus compañeros, vestía un traje plateado, muy brillante, con una «S» en el pecho, dorada e igualmente brillante.

Lo de la «S» no era difícil de entender, ya que se trataba de la primera letra del apellido del hombre que los había creado: Scranton.

Ese era el significado de la «S».

Ranko Buriak y Liliana Lanchester, sentados en el asiento trasero, observaban a su vez al robotizado pelirrojo, mientras tanteaban la resistencia de sus ligaduras.

Era mucha.

Y es que habían sido atados a conciencia.

Como tenían las manos a la espalda, el pelirrojo no podía ver que ambos estaban forcejeando con sus respectivas cuerdas, pero pareció adivinarlo, pues dijo:

—No malgastéis vuestras fuerzas intentando aflojar las ligaduras, porque no lo conseguiréis. Os hemos atado fuerte, y las cuerdas, aunque delgadas, son extraordinariamente resistentes. Si forcejeáis con ellas, se clavarán en vuestra carne y os lastimarán las muñecas,pero no cederán un ápice.

Ranko y Liliana comprendieron que el tipo tenía razón.

Se estaban lastimando, y no conseguían vencer la resistencia de las finas cuerdas, que parecían morder sus muñecas con docenas de diminutos dientes.

No tuvieron más remedio que desistir.

El pelirrojo preguntó:

—¿Cómo conseguisteis sorprender a Karl y Martine?

—No fue tan difícil —gruñó Ranko.

—Sí que tuvo que serlo, porque las personas robo tizadas solemos reaccionar en una décima de segundo.

—¿De veras? —habló Liliana, con burlona expresión.

—Me debes la vida, ¿sabes?

—¿En serio?

—Yo te saqué del agua, cuando ya te hundías como un plomo, lo mismo que tu amigo.

—Si no nos hubierais paralizado con vuestros malditos rayos, no nos hubiésemos hundido, porque sabemos nadar muy bien los dos.

—Fue una tontería intentar escapar de nosotros, preciosa. No teníais ninguna posibilidad.

—Lo mismo decían Karl y Martine, y nos libramos de ellos —recordó Ranko.

El pelirrojo lo miró.

—De nosotros no os liberaréis, amigo. Vamos a llevaros al laboratorio del profesor Scranton, para que os robotice. Y no me extrañaría que antes os hiciera sufrir un poco.

Liliana se estremeció.

—¿Por qué? —preguntó

—El profesor Scranton está furioso con vosotros porque inutilizasteis a Karl y Martine. Le llevará un tiempo reparar sus averías, y como anda muy escaso de él, querrá vengarse.

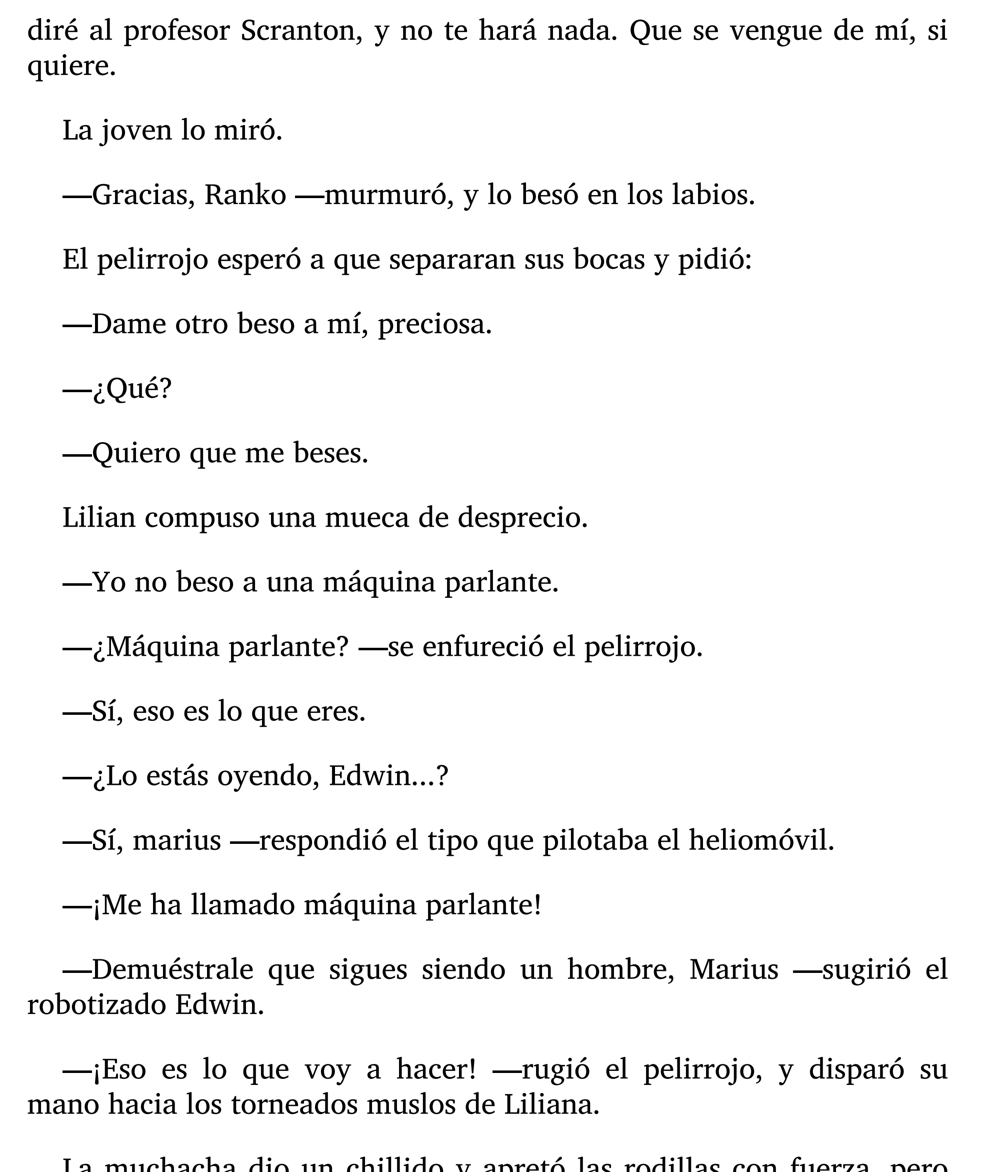
—¿Qué nos hará?

—No sé lo que os tendrá reservado,pero sea lo que sea, no me gustaría estar en vuestro pellejo, chicos.

Liliana tuvo un nuevo estremecimiento.

—Ranko... —musitó.

—No temas, Lilian. Tú no golpeaste a Karl y Martine, fui yo. Se lo



diré al profesor Scranton, y no te hará nada. Que se vengue de mí, si quiere.

La joven lo miró.

—Gracias, Ranko —murmuró, y lo besó en los labios.

El pelirrojo esperó a que separaran sus bocas y pidió:

—Dame otro beso a mí, preciosa.

—¿Qué?

—Quiero que me beses.

Lilian compuso una mueca de desprecio.

—Yo no beso a una máquina parlante.

—¿Máquina parlante? —se enfureció el pelirrojo.

—Sí, eso es lo que eres.

—¿Lo estás oyendo, Edwin...?

—Sí, marius —respondió el tipo que pilotaba el heliomóvil.

—¡Me ha llamado máquina parlante!

—Demuéstrale que sigues siendo un hombre, Marius —sugirió el robotizado Edwin.

—¡Eso es lo que voy a hacer! —rugió el pelirrojo, y disparó su mano hacia los torneados muslos de Liliana.

La muchacha dio un chillido y apretó las rodillas con fuerza, pero ya era tarde. La mano del robotizado Marius estaba entre sus piernas y buscaba su intimidad como si estuviera borracho de deseo.

—¡Ranko...! —gritó Liliana.

Buriak apretó rabiosamente los maxilares.

—¡Retira tu asquerosa mano, cerdo!

—¡Tú a callar, amigo! —advirtió el pelirrojo, y disparó la otra mano, que cayó como una auténtica garra sobre el busto de la indefensa Liliana, aferrándole el seno derecho por encima del brillante

vestido.

La joven volvió a chillar.

Ranko, colérico, tomó impulso y le propinó un feroz, cabezazo en la cara a Marius.

—¡Toma, puerco!

El golpe, durísimo, inutilizó de manera fulminante al pelirrojo, quien quedó colgado sobre el respaldo del asiento delantero.

Y entonces se presentó el dilema.

Ranko hubiera podido propinarle otro tremendo cabezazo a Edwin, en la parte posterior del cráneo, y dejarlo tan inutilizado como lo estaba Marius.

Pero, si inutilizaba a Edwin, ¿quién pilotaría el helimóvil...?

Nadie.

Liliana y él no podían hacerse cargo de los mandos, teniendo las manos atadas a la espalda. Y fuertemente además. El aparato volador se estrellaría irremisiblemente y sería el fin para los cuatro.

Bueno, al menos para Liliana y para Ranko, porque Edwin y Marius, como ya estaban robotizados, podrían ser reparados y volverían a funcionar normalmente.

Por ello, Ranko no se decidió a atacar a Edwin.

Tampoco tuvo mucho tiempo para meditarlo, cierta mente, puesto que Edwin se revolvió con rapidez al ver que Marius era atacado por Ranko, entrecerró los ojos, y envió un par de rayos azulados sobre éste, paralizándolo instantáneamente.

Un segundo después, enviaba otros dos rayos azulados sobre Liliana y la dejaba tan paralizada como Ranko.

* * *

Durante los siguientes diez minutos, Ranko Buriak y Lilian Lanchester no se enteraron de nada. No podían moverse, no podían ver, aunque tenían los ojos abiertos, y no podían oír.

Era como estar muerto.

Y, cuando volvieron a la vida, ya no estaban sentados en el asiento trasero del helimóvil de los enviados del profesor Scranton, con las manos atadas a la espalda.

Ahora, se encontraban en una amplia sala, en la que se veían varios aparatos electrónicos, extraños y complejos.

Evidentemente, habían llegado al laboratorio de Bonar Scranton, mientras se hallaban paralizados. Y, sin que ellos se dieran cuenta de nada, los habían sentado en un par de extraños sillones, les habían sujetado los brazos con correas, y les habían colocado unos siniestros cascos. Otra correa, y más ancha que la que sujetaba sus brazos, cercaba su cintura, sin duda para im pedir que pudieran levantar el cuerpo ni un solo centímetro.

De aquella manera, sus traseros seguirían pegados los asientos de los sillones, ocurriese lo que ocurriese.

Y lo que iba a ocurrir, no podía ser bueno para Ranko y para Liliana. Todo parecía indicarlo, pero especialmente, la vengativa expresión del profesor Scranton, quien se hallaba frente a ellos, ansioso por empezar a torturar a los amigos de Karl y Martine.

CAPITULO X

Bonar Scranton apuntó bruscamente con el brazo a Ranko Buriak y Liliana Lanchester y masculló:

—Habéis inutilizado a tres de mis robots, y os lo voy a hacer pagar, malditos.

Liliana empezó a temblar.

—Ranko… —pronunció, con voz estrangulada. Buriak tensó los músculos de sus brazos sometiendo a las correas a una terrible presión, pero no pudo vencer su resistencia y continuó sujeto al sillón.

El profesor Scranton emitió una risita burlona.

—Es inútil que luches por soltarte, Ranko. Nunca lo conseguirás, por mucho que te esfuerces.

Buriak se relajó momentáneamente.

—Tiene intención de toturarnos, ¿eh, profesor? —Así es.

—Tortúreme a mí, pero no haga sufrir a Liliana.

Ella no ha hecho nada.

—¿Seguro...?

—Yo golpeé e inutilicé a Karl y Martine. Y también a Marius.

—Todavía no sé qué paso en la casa de Karl, pero sí sé lo que sucedió en el heliomóvil. Edwin me lo

contó.

—Entonces, sabrá que Marius intentó abusar de Liliana. Por eso le propiné un furioso cabezazo.

—¡Liliana insultó a Marius! —rugió el científico—. ¡Le llamó máquina parlante!

La muchacha estuvo a punto de negarlo, pero se contuvo, diciéndose que no serviría de nada. Como Ranko pensaba lo mismo, tampoco se molestó en negarlo, aunque dijo:

—Un simple insulto no es motivo suficiente para recibir un castigo tan doloroso como el que sin duda usted piensa aplicarnos, profesor Scranton. Por eso insisto en que no torture a Liliana. Conmigo puede hacer lo que quiera, pero a ella déjela tranquila.

—¡No, sufrirá lo mismo que tú!

—Se lo suplico, profesor. Doble mi sesión de tortura, y no le haga nada a ella.

Liliana intervino:

—Eso no, Ranko. Si tienes que soportar tú mi sufrimiento, prefiero que el profesor Scranton me torture.

—Tú eres una mujer, Liliana.

—No importa.

—No quiero verte sufrir; sé que no podré resistirlo.

—Tampoco yo quiero verte sufrir a ti, Ranko, pero nada ni nadie podrá librarnos de la tortura, por lo que veo.

Buriak tensó de nuevo sus vigorosos músculos.

—¡Si estas correas no fueran tan…! —barbotó, el rostro congestionado a causa del titánico esfuerzo que estaba realizando.

Bonar Scranton soltó otra risita burlona.

—Estás malgastando tus energías, Ranko. Sólo si estuvieras robotizado podrías romper esas correas.

Buriak desistió de nuevo, desmoralizado por la poderosa resistencia de las correas.

—Os diré para qué sirven esos cascos que os he puesto —habló nuevamente el científico—. Pueden hacer que sintáis un frío terrible o un calor espantoso. También pueden hacer que sintáis múltiples clases de dolor. Y, aunque no lo creáis, pueden proporcionaros también un placer intenso. Pues, claro, no es precisamente placer lo que yo quiero que sintáis, así que no espéreis esa maravillosa tortura. Aunque, pensándolo bien…

Al ver que el profesor Scranton se interrumpía, Ranko y Liliana cambiaron una mirada.

—Tú amas a Liliana, ¿verdad, Ranko? —preguntó el científico.

Buriak vaciló.

—Sí, sé que la quieres —prosiguió Scranton—. De otro modo, no me hubieras pedido que doblara tu tortura y la dejara tranquila a ella.

—Es cierto, la amo —confesó Buriak.

—Ranko… —musitó Liliana, sintiendo que su corazón se dilataba de felicidad, a pesar de los dramáticos momentos que estaban viviendo.

—Ella también te ama a ti, está muy claro —dijo Scranton.

—Sí, le quiero con toda mi alma —admitió Liliana.

Ranko sonrió ligeramente.

—Vaya lugar que hemos escogido para confesarnos nuestro amor; ¿eh, Liliana?

—El menos indicado, sin duda —sonrió también la muchacha.

—¡Perfecto, perfecto! —exclamó Bonar Scranton, y se acercó a una de las extrañas máquinas que tenía en aquella sala, frotándose sus pequeñas y huesudas manos.

Ranko y Liliana contuvieron la respiración.

Sabían que la tortura iba a empezar, pero no sabían cómo.

¿Frío...?

¿Calor...?

¿Dolor...?

¿Placer...?

¿Qué eligiría el loco de Scranton, para comenzar?

En seguida saldrían de dudas, porque el científico había empezado ya a manipular la complicada máquina.

* * *

La primera tortura no fue simultánea, sino individual.

Sí, sólo el casco que cubría la cabeza de Liliana Lanchester empezó a funcionar, así que a ella le tocó la china.

Ranko Buriak la vio respingar en su sillón, estremecerse de pies a cabeza, morderse ios labios, temblar perceptiblemente, apretar los puños con fuerza, juntar las rodillas...

—¡Ranko! —gimió.

—¿Qué te ocurre Liliana?

—¿Tú..., tú no sientes nada...?

—No.

—Dios mío —gimió de nuevo la joven, y cerró los ojos.

El profesor Scranton soltó una de sus características risitas y explicó:

—Está gozando, Ranko. Esa será su tortura inicial. Y la tuya, ver cómo goza Liliana, cómo se estremece de placer, cómo tiembla, cómo se agita, cómo suspira, cómo gime... Sentirás deseos de besarla, de acariciarla, de tocarla, pero no podrás, porque estás sujeto a ese sillón.

Buriak apretó furiosamente los puños.

—¡Maldito!

Bonar Scranton rió de nuevo.

—Una tortura terrible; ¿eh, Ranko? ¡Tanto para ti como para ella!

En efecto era terrible para los dos.

Y es que Liliana sentía como si una docena de manos, hábiles y expertas, estuviesen recorriendo su cuerpo a la vez, acariciándoselo todo de una manera que ella no podía resistir.

—Falta un detalle —dijo de pronto el profesor Scranton, y trotó hacia Liliana como un crío de siete u ocho años.

Le desabrochó el dorado vestido y descubrió su precioso busto, que sin embargo, no sintió la tentación de acariciar, lo cual temieron Ranko y la propia Liliana.

—Contemplar los pechos desnudos de Liliana, agitándose de deseo, te excitará aún más, Ranko —dijo el científico, y regresó junto a su máquina, para seguir manipulándola.

—¡Loco del demonio! —barbotó Buriak, que lo estaba pasando francamente mal, aunque no tanto como la pobre Liliana, cuyo cuerpo brillaba a causa de su creciente agitación.

Ella lo miró un instante.

—¡No puedo más, Ranko! —confesó.

—¡Basta, profesor! —rugió Buriak—. ¡Pare esta máquina en seguida!

¿Que la pare…? ¡Pero si la sesión acaba de empezar! —respondió el científico, riendo.

—¡Prefiero el frío! —dijo Liliana—. ¡O el calor! ¡O cualquier tipo de dolor! ¡Lo que sea, pero esto no, por favor! —chilló, desesperada.

Bonar Scranton no hizo caso, y siguió atormentándola con su máquina, que enviaba continuas oleadas de placer a través del casco que cubría la cabeza de la muchacha.

Ranko Buriak, dominado por la cólera, empezó a insultar al científico.

—¡Es usted un chiflado, profesor Scranton! ¡Debería estar en un manicomio! ¡Seguro que allí los hay más cuerdos que usted! ¡Su proyecto en una locura! ¡No conseguirá jamás adueñarse de la Tierra! ¡Su imperio de robots será un fracaso! ¡No logrará nada! ¡Yo solo, y sin arma alguna, inutilicé a tres! ¡Son todos unos inútiles! ¡Un hatajo de torpes! ¡Y usted es aún más torpe que ellos!

¡Basta, maldito! —relinchó el científico, que había enrojecido de ira.

Después, reaccionó tal y como esperaba Ranko. Sí, porque se olvidó de Liliana y pasó a ocuparse de él.

Para Ranko no hubo tortura a base de sucesivas oleadas de intenso placer, sino de la otra, de la que causa solamente dolor.

Tuvo que apretar los dientes con fuerza, para, no gritar.

También apretó los puños.

No sirvió de nada, porque el dolor era agudo, intenso, terrible, y lo sentía en todo el cuerpo.

A Ranko se le escapó el primer alarido.

Y, segundos después, emitía otro.

Luego otro más.

Era imposible resistir tanto sufrimiento sin gritar.

Ranko se agitaba en su sillón, se retorcía, se encogía…

Por fortuna, se desvaneció y dejó de sufrir.

Por el momento, claro.

El profesor Scranton pensaba seguir torturándole cuando se recobrara, lo mismo que a Liliana, que sollozaba en su sillón, porque ella también había sufrido con el sufrimiento de Ranko.

CAPITULO XI

Ranko Buriak permaneció inconsciente una media hora, con la cabeza doblada sobre su pecho y el casco de tortura colocado, para continuar causándole dolor, frío o calor, según decidiera Bonar Scranton cuando reanudara la sesión.

Liliana Lanchester, sujeta en el otro sillón y también con el casco de tortura colocado, observaba fijamente a Ranko. Su vestido seguía desabrochado y caído hasta la cintura, por lo que continuaba con los pechos al aire.

Al ver que Buriak movía lentamente la cabeza y emitía un ronco gemido, la muchacha adivinó que estaba volviendo en sí y pronunció su nombre.

—Ranko…

Buriak levantó lentamente la cabeza y la miró, con un rictus de sufrimiento en los labios.

—Liliana… —murmuró.

—¿Cómo te sientes, Ranko?

—Igual que si me hubieran pasado por una batidora.

—Te duele todo, ¿no?

—Así es.

—El profesor Scranton es un canalla. Te hizo sufrir demasiado, y yo sufrí contigo.

Buriak buscó al científico por la sala, pero no lo vio.

—¿Dónde está?

—Se marchó, cuando tú te desvaneciste. Debe de estar reparando las averías que causaste a tres de sus robotizados. Karl, Martine, y Marius. Pero dijo que volvería, para seguir torturándonos.

Buriak volvió a mirar a la muchacha.

—¿Te hizo algo más ese miserable, Liliana?

—No.

—Menos mal.

—Lo insultaste para que dejara de atormentarme y se ocupara de ti, ¿verdad?

—Nos estaba atormentando a los dos, Liliana —recordó Buriak—. Y tú ya no podías más. Tenía que hacer algo. Y lo hice.

La muchacha le sonrió amorosamente.

—Te quiero. Ranko.

—Y yo a ti, Liliana.

—Lástima que sea tarde.

—¿Quién ha dicho que es tarde?

—Estamos en poder del profesor Scranton, sujetos a estos malditos sillones, totalmente indefensos. Nos torturará de nuevo, para saciar su sed de venganza, y luego nos robotizará. Seremos dos máquinas a su servicio, como Karl y Martine. Todo habrá acabado, Ranko. Ya no seremos seres humanos, y no podremos sentir como ellos.

—No dejaré que el profesor Scranton nos robotice, Liliana.

—¿Cómo piensas impedirlo?

—No lo sé, pero algo se me ocurrirá. Estoy seguro de que, antes de ser robotizados, se nos presentará alguna oportunidad de escapar. Y sabremos aprovecharla.

—Lo veo muy difícil, Ranko.

—No será fácil, lo sé. Pero tampoco era fácil escapar de Karl y Martine, y lo logramos —recordó Buriak.

Liliana sonrió levemente.

—Es verdad. Supiste engañarlos hábilmente con lo de las caricias, y pudimos escapar. La pena es que los enviados del profesor Scranton llegaron demasiado pronto, y de ellos sí que no pudimos escapar. Unos minutos más, y hubieran llegado tarde.

—Sí, no tuvimos suerte.

De pronto, Liliana se estremeció de forma perceptible.

Ranko se dio cuenta de ello y preguntó:

—¿Te ocurre algo, Liliana?

—No, nada.

—Te has estremecido.

La joven se mordió nerviosamente los labios.

—Me asusta la tortura, Ranko. No puedo olvidar lo que el profesor Scranton hizo conmigo, ni lo que hizo contigo. No tardará en volver, y entonces…

Buriak no dijo nada.

Comprendía que Liliana estuviera asustada, después de lo sucedido.

Él también estaba un poco asustado.

Lo había pasado muy mal en la sesión anterior, y sabía que volvería a pasarlo igual de mal o peor en la próxima sesión. Pero, desgraciadamente, nada podía hacer por evitarlo.

Las correas que sujetaban sus brazos eran demasiado sólidas, necesitaría poseer la fuerza de un elefante para romperlas. No obstante, lo intentó de nuevo.

Era lo único que podía hacer, luchar contra las correas.

Liliana vio que Ranko tensaba todos los músculos de su cuerpo y recordó:

—Estás dolorido, Ranko. No podrás soltarte, sólo conseguirás hacerte daño. Sufrir inútilmente.

Buriak no respondió.

Era cierto que la tensión de su torturado cuerpo le producía dolor, pero lo resistió valientemente y siguió luchando con las correas que le mantenían sujeto al sillón de tortura.

Tanto forzó sus músculos, que dio la impresión de que le iban a estallar unos cuantos.

Liliana cerró un instante los ojos y musitó:

—Dios mío, ayúdale. Dale fuerzas para romper esas malditas correas. Hazlo por nosotros y por todas aquellas personas a las que el profesor Scranton piensa robotizar. No debes permitir que ese loco cree su imperio de robots y se adueñe de la Tierra.

Tan sólo unos segundos después, y cuando ya Ranko Buriak estaba a punto de desistir, agotado por el terrible esfuerzo realizado, una de las correas saltó, arrancada del brazo del sillón a causa de la tremenda presión.

Ranko casi se vuelve Soco de alegría.

—¡Lo conseguí, Liliana!

La muchacha abrió los ojos de golpe y vio que Ranko tenía libre el brazo derecho.

—¡Es un milagro! —exclamó, jubilosa.

Buriak, jadeante y con el rostro cubierto de sudor, soltó rápidamente la correa que sujetaba su brazo izquierdo y luego hizo lo propio con la correa que aprisionaba su cintura y le obligaba a mantener el trasero pegado al asiento del sillón. Después, se arrancó el casco.

—¡Suéltame a mí, Ranko, de prisa! —apremió Liliana.

—¡En seguida! —respondió Buriak, levantándose del sillón.

Estuvo a punto de caerse, porque sentía las piernas un poco torpes, pero consiguió mantener el equilibrio.

—¿Te sientes débil, Ranko? —preguntó Liliana.

—Como borracho. Pero se me pasará en cuanto me mueva un poco —respondió Buriak, y procedió a soltarle las correas y quitarle el casco.

Lo primero que hizo Liliana, cuando se levantó del sillón, fue abrazar a Ranko y darle un beso en los labios.

—¿A qué viene esto, preciosa?

—Te lo has ganado, por fortachón.

—Vamos, que es un premio por haber conseguido vencer la resistencia de una de las correas, ¿no?

—Exacto.

Ranko le oprimió suavemente los desnudos senos y dijo:

—Si no estuviéramos en peligro, te exigiría otra clase de premio.

—Y yo te lo daría, no lo dudes.

—Será mejor que te abroches el vestido, o acabaré olvidando que todavía estamos en poder del profesor Scranton.

Liliana rió y se subió el vestido, cerrándolo sobre su hombro derecho.

—Tentación eliminada, cariño —dijo, con picaro gesto.

—Vamos —sonrió Buriak, cogiéndola de la mano.

Caminaron hacia la puerta que se veía al fondo de la sala.

Ranko se movía ya mejor, sentía las piernas más fuertes y seguras.

Se detuvieron junto a la puerta.

Ranko miró el disco verde que se veía en la pared, a la derecha de

la puerta.

—Se abre pulsando este pequeño disco —adivinó, señalándolo.

—Púlsalo Ranko.

—¿Y si hay alguien al otro lado...?

Liliana respingó ligeramente.

—¿Tú crees?

—No lo sé. Tal vez no hay a nadie, pero si alguno de los robotizados de Scranton nos descubre, nos paralizará y estaremos perdidos.

—¿Qué hacemos, entonces...?

—Quizá sea mejor esperar a que regrese el profesor Scranton y sorprenderle. Llegará confiado, pues dijo que sólo un robotizado podría romper las correas de los sillones de tortura. Si lo atrapamos, y le amenazamos con matarle, nos ayudará a escapar. Sus robotizados no intentarán nada, si ven que Scranton corre peligro.

—¿Y con qué piensas amenazar al profesor Scranton, Ranko? ¿Con tus manos desnudas...?

Buriak rezongó algo.

—Tienes razón. Liliana. Necesitamos un arma. Mejor dos, aunque con una también podríamos llevar adelante nuestro plan.

—¿No habrá ninguna en esta sala, Ranko?

—Es posible que sí. Los robotizados no las necesitan. porque Scranton los ha dotado de poderes suficientes, pero él no es un robot, sigue siendo un hombre de carne y hueso. Bueno, carne tiene muy poca, todo son huesos.

Liliana rió.

—¡Cierto!

—Si tuviera necesidad de defenderse de alguien,

Scranton precisaría un arma. Por eso creo que debe tenerlas. En esta sala y en las otras. Es muy conveniente tener un arma a mano se

encuentre uno donde se encuentre, así que ya podemos empezar a buscarla.

—De acuerdo.

Empezaron a registrarlo todo.

Tuvieron suerte, ya que en un cajón encontraron una pistola de rayos láser.

Y el hallazgo no pudo ser más oportuno, pues, justo en ese momento, la puerta de la sala empezó a abrirse, emitiendo un suave y agradable zumbido.

Ranko Buriak empuñó velozmente el arma y apuntó hacia la puerta, al tiempo que empujaba a Liliana Lanchester con su mano izquierda.

—¡Al suelo, preciosa! —ordenó, ahogando la voz.

Liliana no dudó en tenderse de bruces en el suelo, porque no era el profesor Scranton quien estaba entrando en la sala, sino uno de sus robotizados.

Se trataba concretamente de Edwin, el tipo que pilotara el helimóvil de los enviados de Scranton, y que paralizó a Ranko y Liliana un instante después de que el primero inutilizara a Marius de un tremendo cabezazo en el rostro.

El científico no hubiera sido peligroso, pero Edwin sí lo era.

Y mucho.

Como todos los robotizados.

Edwin descubrió a Ranko y Liliana apenas entrar en la sala, y aunque le sorprendió enormemente que hubieran podido soltarse de los sillones de tortura, reaccionó con la celeridad que caracterizaba a los robotizados de Scranton.

Sólo tardó unas décimas de segundo en entrecerrar los ojos y lanzar sendos rayos azulados, tomando como primer blanco a Ranko Buriak.

Por fortuna, Ranko ya sabía lo rápido que reaccionaban los robots creados por Bonar Scranton y se dejó caer de rodillas, al tiempo que

accionaba el gatillo del arma que empuñaba.

Los dos rayos paralizadores pasaron por encima de la cabeza del joven y fueron a estrellarse contra uno de los sofisticados aparatos del profesor Scranton.

El rayo láser en cambio, chocó contra el pecho de Edwin.

Le hizo mucho daño.

A su mecanismo, se entiende.

Lo destrozó literalmente.

Edwin se derrumbó cerca de la puerta, que había empezado a cerrarse sola, y allí quedó tendido.

Ranko se irguió y ofreció su mano izquierda a Liliana.

—Arriba, preciosa.

La muchacha se incorporó, con los ojos muy abiertos.

No dijo nada.

Se hallaba demasiado impresionada.

—Vamos —indicó Ranko tirando de ella.

Fueron hacia donde yacía Edwin.

El rayo láser le había abierto un boquete en el pecho, y Ranko y Liliana pudieron ver el complicado mecanismo del robotizado.

—¡Qué horror! —exclamó la joven.

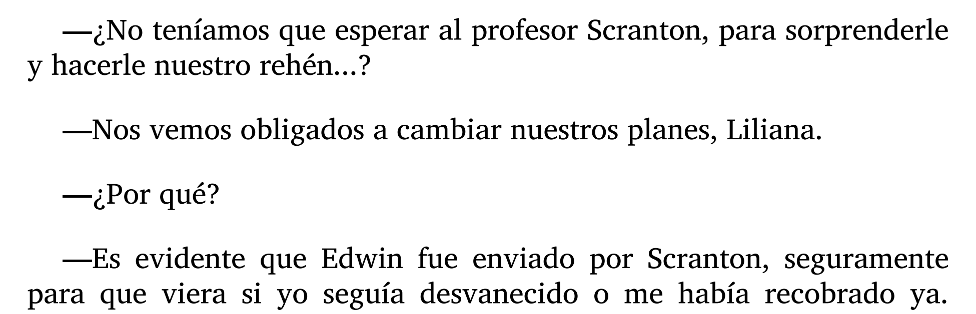
—Me temo que éste ya no tiene arreglo posible, Liliana —comentó Buriak—. El profesor Scranton tendrá que hacer uno nuevo.

—Ojalá no pueda crear un solo robot más, Ranko —deseó la muchacha.

—Si está en nuestra mano impedirlo, no los creará, te lo aseguro.

—Es realmente espantoso.

—Vamos, Liliana.



—¿No teníamos que esperar al profesor Scranton, para sorprenderle y hacerle nuestro rehén…?

—Nos vemos obligados a cambiar nuestros planes, Liliana.

—¿Por qué?

—Es evidente que Edwin fue enviado por Scranton, seguramente para que viera si yo seguía desvanecido o me había recobrado ya. Scranton debe de estar muy atareado, reparando las averías de Karl, Martine y Ma rius, y no quiere perder tiempo. Por eso mandó a uno de sus robots. Y, cuando vea que Edwin no regresa, sospechará que algo ha ocurrido aquí. Estando alertado, sería imposible sorprenderle. Lo más seguro es que no viniese solo, sino acompañado de varios de sus robotizados, y eso aún nos pondría las cosas más difíciles.

—Entiendo, Ranko.

—Ahora tenemos un arma, Liliana. Y ya has visto que tengo buena puntería. Si nos tropezamos con algún robotizado, daré buena cuenta de él. Ellos reaccionan rápido, pero mis reflejos tampoco son moco de pavo.

—Desde luego que no —sonrió la muchacha.

—¿Dispuesta a salir, preciosa?

—Sí, cuando quieras.

—Vamos allá, pues.

Ranko se disponía a pulsar el disco verde que abría la puerta, cuando Liliana le cogió el brazo y dijo:

—Un momento, Ranko.

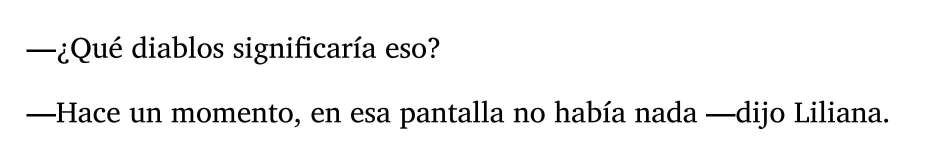
—¿Qué sucede?

—Fíjate en ese aparato.

Ranko siguió la dirección que marcaba la mano de Liliana.

El aparato en cuestión disponía de una pantalla rectangular, en la cual, y con intermitencia, estaba apareciendo un número seguido de varias letras.

El 315-XWZ, concretamente.



Ranko se sintió intrigado.

—¿Qué diablos significaría eso?

—Hace un momento, en esa pantalla no había nada —dijo Liliana.

—Es cierto. Nos hubiéramos dado cuenta. Ese número y esas letras acaban de aparecer en la pantalla.

—¿Y por qué de forma intermitente Ranko?

—No lo sé. Aunque parece como si quisiera advertir a alguien de algo.

—¿A quién? ¿Y de qué?

Ranko miró al cuerpo del robotizado Edwin.

—Creo que ya lo tengo, Liliana.

—¿De veras?

—El profesor Scranton ha asignado un número y unas letras a cada uno de sus robotizados. El 315-XWZ corresponde a éste, a Edwin. Yo lo inutilicé con la pistola de rayos láser, y la máquina está informando de ello al profesor Scranton, sólo que él no se encuentra en esta sala en estos momentos y no puede recibir la información. Esa debe ser la misión de ese aparato, avisar a Scranton cada vez que uno de sus robotizados sufre cualquier tipo de avería. Apuesto a que también le avisó cuando yo inutilicé a Karl y Martine. Y cuando inutilicé a Marius.

Liliana Lanchester se estremeció visiblemente.

—¿Te das cuenta de lo que significa un número tan alto, Ranko...?

Buriak suspiró.

—Me temo que sí, Liliana. Quiere decir que el profesor Scranton ha robotizado ya, como mínimo, a trescientas quince personas.

—¡Qué espanto!

—Sí, porque robotizar a una persona significa matarla, porque deja de ser un hombre o una mujer de carne y hueso, y se convierte en una fría máquina, con sensaciones falsas, programadas.

—¡Ese loco de Scranton ha asesinado a más de trescientas quince personas!

—Pagará por todas esas muertes, te lo aseguro.

—¿Y quién detendrá a todos esos robots...? ¡Forman ya un verdadero ejército, Ranko!

—Sí, son muchos —rezongó Buriak—. Y Scranton debe tenerlos estratégicamente distribuidos. Aquí, en su laboratorio, sólo debe tener unos cuantos. Los suficientes para sentirse seguro y protegido. El resto, deben estar desperdigados por ahí, fingiendo ser personas nor males y corrientes. Y ésos son los que van proporcionando a Scranton nuevas personas para robotizar, por las buenas o por la fuerza, como Karl y Martine hicieron con nosotros. De esa manera, el ejército de robots de Bonar Scranton va creciendo día a día, su imperio de máquinas con apariencia humana va formándose paulatinamente, y cuando disponga de las suficientes, dominará la Tierra.

—¿Lo conseguirá, Ranko?

—No, si nosotros somos capaces de impedirlo. Y creo que podremos. Pero, para ello, es preciso que capturemos a Scranton y lo amenacemos de muerte. Estoy seguro de que él, desde su laboratorio, puede destruir a cualquiera de sus robotizados con sólo accionar el dispositivo correspondiente.

—¿Tú crees, Ranko?

—Es de lógica, Liliana. El profesor Scranton no puede arriesgarse a que alguno de sus robotizados caiga en manos de las autoridades y se descubra todo el pastel. Antes de que esto sucediera, él destruiría al robot capturado y así podría seguir adelante con su proyecto.

Liliana Lanchester observó de nuevo la máquina en cuya pantalla seguía apareciendo intermitentemente el número y las letras que, según la teoría de Ranko Buriak, correspondían al robotizado Edwin.

—Si supiéramos cómo destruir todos esos robots...

—El profesor Scranton nos lo dirá.

—Suponiendo que consigamos llegar hasta él.

—Llegaremos, ya verás. Ahora tenemos esto.

Buriak levantó la pistola de rayos láser.

—No perdamos más tiempo, Ranko. Tenemos que capturar al profesor Scranton, cueste lo que cueste.

—Lo capturaremos, no lo dudes. Vamos, Liliana.

Se acercaron nuevamente a la puerta y Ranko pulsó el pequeño disco verde. La puerta se abrió inmediatamente emitiendo el suave y agradable zumbido.

Ranko se asomó cautelosamente, con la pistola de rayos láser firmemente empuñada.

—No veo a nadie, Liliana.

—Mejor.

—Salgamos.

Ranko y Liliana abandonaron la sala.

Al instante, la puerta empezó a cerrarse.

—Por aquí —indicó Ranko, señalando el corredor que se veía a la izquierda.

A la derecha se veía otro corredor, pero era más largo que el de la izquierda. Y, por tanto, más peligroso de cruzar. Por eso Ranko eligió el más corto.

En este corredor, se veían dos puertas.

Estaban la una enfrente de la otra.

Ranko y Liliana se detuvieron delante de ellas.

—Veamos qué hay aquí —dijo él, y pulsó el disco verde que abría la puerta de la derecha.

La puerta, efectivamente, se abrió con suavidad y Ranko y Liliana descubrieron al profesor Scranton en la reparación de las averías sufridas por el robotizado Marius.

CAPITULO XIII

Afortunadamente, Bonar Scranton les daba la espalda y no los vio, aunque sí oyó el suave zumbido de la puerta al abrirse.

—Adelante, Edwin —dijo, convencido de que era el robotizado que volvía de la sala en donde Ranko y Liliana habían sido torturados por él.

Por eso no se molestó en volverse.

Ranko Buriak y Liliana Lanchester penetraron silenciosamente en esta otra sala, tan amplia como la otra. La puerta empezó a cerrarse, con la misma suavidad con que se había abierto.

Bonar Scranton, sin interrumpir su trabajo, preguntó:

—¿Ha vuelto ya en sí ese bastardo de Ranko, Edwin, o sigue inconsciente?

—El único bastardo que conozco es usted, profesor Scranton —respondió Buriak.

El científico dio un tremendo respingo al reconocer la voz de Ranko y se volvió hacia la puerta.

—¡No es posible! —exclamó, haciendo un gallo con la voz.

Ranko sonrió burlonamente.

—Le aseguro que no está viendo visiones, profesor.

—¿Cómo pudisteis…?

—No es necesario estar robotizado para poder vencer la resistencia de las correas de sus sillones de tortura profesor Scranton.

—Me resisto a creer que…

—Pues créalo, porque es verdad. Hice saltar una de mis correas, solté las otras, y luego liberé a Liliana. Cuando llegó Edwin, ya estábamos los dos libres.

—¿Y qué hicisteis con él?

—Lo destrocé de un disparo. Con esta pistola. La encontramos en un cajón. Es suya, ¿verdad?

—Sí.

—Pues quiero que sepa que estoy dispuesto a utilizarla contra usted, si no hace lo que le digamos.

Bonar Scranton empezó a temblar.

—¿Qué queréis que haga? —preguntó.

—Para empezar, destruya a Marius.

—¿Qué…?

—Lo ha oído perfectamente, profesor —habló Liliana—. Queremos que destruya al robotizado que está reparando. Y que lo destruya totalmente, para que no se sepa lo que era antes.

—Pero eso no es posible…

—No trate de engañarnos, profesor —dijo Ranko—. Sabemos que usted puede destruir a cualquiera de sus robotizados accionando el dispositivo correspondiente.

El científico no supo disimular su sorpresa.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Eso no importa ahora, profesor. El caso es que lo sabemos, y estamos deseando que accione ese dispositivo. Por cierto, ¿qué número y qué letras asignó a Marius…? —preguntó Ranko.

—Sabemos que Edwin era el 315-XWZ —dijo Liliana.

La perplejidad de Bonar Scranton aumentó.

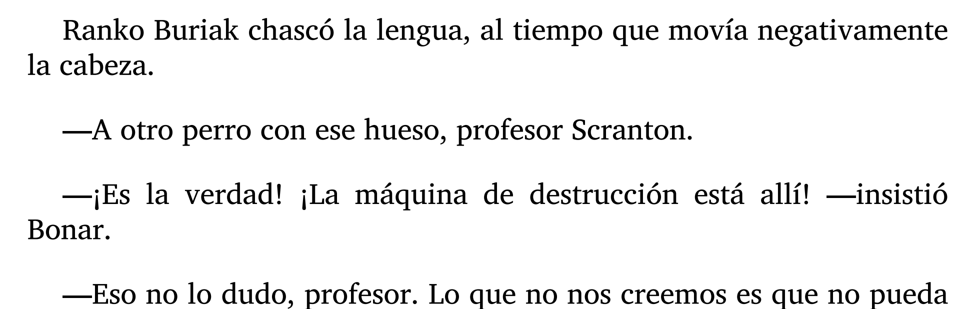
—¡Lo sabéis todo, malditos!

—Somos muy listos, profesor —sonrió Ranko.

—Listísimos —añadió Liliana, sonriendo también.

El científico soltó un gruñido.

—Está bien, destruiré a Marius. Pero no puedo hacerlo desde aquí. Tenemos que volver a la otra sala. Es allí donde tengo el aparato que puede destruir a distancia a cualquiera de mis robotizados.



Ranko Buriak chascó la lengua, al tiempo que movía negativamente la cabeza.

—A otro perro con ese hueso, profesor Scranton.

—¡Es la verdad! ¡La máquina de destrucción está allí! —insistió Bonar.

—Eso no lo dudo, profesor. Lo que no nos creemos es que no pueda destruir a Marius desde aquí. Lo tiene delante de usted, su mecanismo está visible. Estoy seguro de que usted puede, manualmente, poner en marcha el proceso de destrucción de ese robot. Sólo tiene que activar el dispositivo correspondiente. El mismo que, desde la otra sala, activaría la máquina de destrucción, una vez le indicase el número y las letras de Marius.

Ahora fue el científico el que sacudió la cabeza.

—No, no, estáis equivocados. Sólo la máquina de destrucción puede activar el dispositivo que cada robo- tizado lleva en su interior. Ella los controla a todos. Volvamos a la otra sala y os lo demostraré.

—Es usted un viejo zorro, Scranton. Quiere que volvamos allí porque confía en que alguno de sus robotizados nos descubra y le libre de nosotros —repuso Ranko.

—¡No!

—Sí, lo has adivinado, Ranko —dijo Liliana—. El profesor Scranton nos quiere engañar; él puede perfectamente destruir a Marius aquí mismo, activando manualmente el dispositivo correspondiente.

—¡Os repito que no! ¡Es imposible! —siguió negando Bonar.

Ranko fue decididamente hacia él, lo agarró de la desordenada cabellera, y le dio varios tirones seguidos.

El científico chilló como una rata.

—¡Suéltame el pelo, animal! ¡Me haces mucho daño!

—¡Más daño me hizo usted a mí con su máquina de tortura, Scranton!

—¡Por favor!

—¿Destruirá a Marius?

—¡Sí, pero desde la otra sala!

Buriak le tiró con más fuerza del pelo.

Scranton aulló como un coyote.

—¿Decía, profesor…? —preguntó irónicamente Ranko.

—¡Está bien, lo destruiré aquí! —se rindió el científico.

Ranko le soltó la pelambrera y se apartó de él.

—Adelante, profesor Scranton. Active el dispositivo correspondiente.

Bonar lo hizo.

A regañadientes, pero no tuvo más remedio que obedecer.

El dispositivo que provocaba la total destrucción de un robotizado se hallaba colocado en la cabeza. Y como Marius tenía levantada la tapa del cráneo, el científico tardó sólo unos segundos en cumplir la orden de Ranko.

Inmediatamente después, el profesor Scranton se retiró de la alargada mesa de reparaciones, porque correría peligro si continuaba cerca del robotizado cuyo proceso de destrucción se había puesto en marcha.

Fue algo espeluznante.

Estremecedor de verdad.

De los ojos, de la boca, de las orejas y de los orificios de la nariz de Marius empezaron a brotar un torrente de chispas azuladas, al tiempo que el cuerpo del robotizado se agitaba sobre la mesa de reparaciones, como si de pronto hubiera recobrado la movilidad.

Simultánemamte, se oían unos extraños ruidos, unos chasquidos escalofriantes, que sonaban en el interior del cuerpo de Marius.

Ahora, además de chispas, salsa humo por la boca, por la nariz, por los ojos y por las orejas del robotizado, así como por su cráneo abierto.

Tras las columnas de humo, brotaron las llamas.

¡El cuerpo del robotizado se estaba quemando!

* * *

Ranko Buriak y Liliana Lanchester, horrorizados, contemplaron la destrucción de Marius.

Una destrucción total y absoluta.

Nada quedó de él, excepto las cenizas.

Un hedor nauseabundo había impregnado totalmente la amplia sala.

El profesor Scranton, rabioso por haber tenido que destruir a uno de sus robots, miró a Ranko y Liliana y barbotó:

—¿Qué, estáis satisfechos ya, malditos?

—Salgamos de aquí, profesor —indicó Buriak—, Esto huele muy mal.

—Y tan mal —rezongó Liliana, apretándose la nariz.

Ranko sujetó de un brazo ai científico, con su mano izquierda, y advirtió:

—Le aconsejo que no intente nada, profesor Scranton. Si trata de sorprenderme, no vivirá para contarlo.

Y lo mismo le ocurrirá si nos tropezamos con alguno de sus robotizados y le ordena usted que nos ataque. Téngalo presente.

Bonar respondió:

—Pulsa tú el disco verde, Liliana —indicó Ranko.

La muchacha lo hizo.

Salieron los tres al corredor.

Estaba despejado.

Ranko preguntó:

—¿Qué hay en la sala de enfrente, profesor?

—Karl y Martine están ahí. Pensaba ocuparme de ellos cuando acabase de reparar a Marius —respondió Bonar.

—Entremos. Abre la puerta, Liliana…

La joven obedeció.

En aquella sala, efectivamente, se hallaban Karl Ziemmer y Martine Hofmeister, él en bañador y ella con la pieza inferior del plateado bikini. Descansaban en sendas camillas, con los ojos cerrados, absolutamente inmóviles.

Ranko soltó al científico y ordenó:

—Active sus dispositivos de destrucción, profesor.

Scranton vaciló, pero al ver que la mano izquierda de Buriak buscaba su revuelta cabellera, para tirar nuevamente de ella con ganas, se apresuró a obedecer.

La destrucción de los robotizados Karl y Martine horrorizó aún más a Ranko y Liliana que la de Marius, por razones obvias. Karl y Martine habían sido sus amigos, y ver arder sus cuerpos prácticamente desnudos, descomponerse, hasta convertirse en cenizas...

Liliana, muy pálida, se abrazó a Ranko y sollozó sobre su hombro.

—Qué pesadilla tan horrible, Dios mío.

Buriak le acarició la brillante y cobriza cabellera.

—Ten valor, Liliana. Estamos llegando casi al final. No podemos desfallecer ahora.

—Lo sé.

Ranko se separó de Liliana y volvió a agarrar del brazo a Bonar.

—Vamos, profesor —dijo, obligándolo a caminar hacia la puerta.

Liliana se encargó de abrirla.

Acababan de salir al corredor, cuando vieron aparecer a ios otros

dos robotizados que enviara el profesor Scranton a la casa de Karl Ziemmer, los que transportaran a éste y a Martine Hofmeister en el helimóvil de Ranko Buriak hasta el laboratorio del científico.

—¡Cuidado, Ranko! —chilló Liliana, arrojándose al suelo.

Bonar Scranton, en vez de ordenar a sus robots que no atacaran a Ranko y Liliana, porque podía costarle la vida a él, se dejó caer al suelo también y gritó:

—¡Paralizadlos a los dos!

Los robotizados ya estaban enviando rayos azulados sobre Ranko, que era quien empuñaba la pistola de rayos láser, pero el joven saltó de lado con rapidez y accionó el gatillo de su arma.

La pareja de robots, alcanzados de lleno por los rayos láser, se desplomaron instantáneamente, destrozados sus mecanismos.

—¡Maldición! —rugió Scranton, comiéndose los puños de pura rabia.

Ranko dio un salto hacia él, lo agarró nuevamente del pelo, y lo obligó a ponerse en pie.

—¡Debería liquidarlo ahora mismo, Scranton!

—¡No, piedad! —gimoteó Bonar.

—¡La próxima vez me lo cargo! ¡Le doy mi palabra!

—¡Mi pelo, mi pelo!

—¡En marcha! —ordenó, sin soltarle la pelambrera.

Bonar echó a andar.

Liliana, que ya se había puesto en pie, caminó también hacia la sala en donde estaba la máquina de destrucción.

Entraron en ella.

Ranko obligó al loco científico a destruir todos los robots creados por él, empezando por los que aún quedaban en su laboratorio, que así dejaron de suponer un peligro para ellos.

El profesor Scranton, encolerizado por lo que Ranko le había

obligado a hacer, quiso vengarse de él de una manera que sólo a una mente trastornada como la suya se le podía ocurrir.

¡Intentó electrocutar a Ranko electrocutándose a sí mismo!

Por fortuna, el joven vio que el científico iba a aferrar el extremo de unos cables que acababa de desconectar con brusquedad, y se dio mucha prisa en soltarle el brazo, para que la descarga eléctrica no pasara del cuerpo de Scranton a! suyo y le ocasionara también la muerte.

Liliana chilló al ver temblar al científico de una manera aterradora.

Poco después, Bonar Scranton yacía en el suelo, totalmente carbonizado. Un final horrible, que nadie se merece. Aunque quizá él sí se lo merecía, pues había robotizado a casi cuatrocientas personas.

Había cometido, por tanto, casi cuatrocientos crímenes.

¡Bien electrocutado estaba, qué demonio!

EPILOGO

En el propio helimóvil de Ranko, éste y Liliana Lanchester regresaron a Miami e informaron detalladamente a las autoridades. Su historia, naturalmente, llenó de asombro a los agentes de la ley y el orden, aunque no por eso pusieron en duda las palabras de Ranko y Liliana.

Además, su historia podía ser comprobada acudiendo al laboratorio del profesor Scranton, en donde, entre otras muchas cosas, encontrarían las fichas de todas las personas que habían sido robotizadas por el loco científico.

Después de informar a las autoridades, Ranko acom pañó a Liliana al apartamento de ésta… Mientras tomaban sendas copas, sentados en

el sofá del living, Ranko propuso:

—¿Quieres casarte conmigo, Liliana?

La muchacha dio un respingo.

—¡Repítelo, Ranko!

—Deseo casarme contigo, Liliana. Y te prometo ser un marido fiel. Mis manos no tocarán a otra mujer que no seas tú —aseguró, posándolas sobre los esbeltos muslos de la joven, que empezó a acariciar.

Ella le echó ios brazos al cuello.

—¿De verdad podrás conformarte con una sola mujer, Ranko?

—Si lo dudas, recházame,

—No, no voy a rechazarte, porque te quiero demasiado.

—Lo mismo que yo a ti —respondió Ranko y la besó en los labios con pasión.

Tan solo unos minutos después, estaban haciendo el amor.

Era la mejor manera de olvidarse del profesor Scranton y de su imperio de robots.

FIN